Cuando el Verde es Azul

Elvis Conti

Capítulo 1

PARTE 1

Entré despacio. Miré a los lados y me cercioré que Ella no estuviera: el camarote estaba vacío.

Sobre su cama reposaba un sobre en el que lacónicamente escribió: "*Para ti*". No hice ningún esfuerzo por alcanzar la carta, sabía exactamente lo que decía, palabra por palabra, tal y como si personalmente se la hubiera dictado.

Abajo de una almohada descansaba un trozo de tela verde musgo, era su vieja mascada, la atraje instintivamente y la olí... era Ella, su esencia. Luego de unos segundos, fastidiado, aventé la prenda y me quedé pensando en las opciones que me quedaban.

Nunca fue fácil. Simplemente hay que ver el día que nos conocimos.

Yo ya había muerto... es decir, clínicamente. Me habían declarado muerto. Todos los médicos, enfermeras y demás personal que estaban en el quirófano ya lo habían abandonado.

Sólo permanecía ahí una obscura internista, después de haber presenciado el desenlace. Esperaba inquieta la llegada del personal que terminaría de levantar el acta y me trasladaría finalmente al "cuarto frío", para cumplir así con el protocolo establecido. Ella me miraba curiosa, como filosofando sobre la vida y la muerte y preguntándose quién y cómo sería el infeliz que ahora reposaba sin vida en la plancha.

Súbitamente, sin explicación aparente, regresé. La alarma electrónica no le dejó duda alguna. Ella gritó cuanto pudo para que regresaran todos mientras resolvía presurosa qué hacer entretanto para reanimarme y asegurarse que efectivamente regresara.

Yo no tuve túnel ni plática con Dios. No vi luz alguna ni repasé mi vida en *Technicolor*. Simplemente regresé.

-0-

Nunca lo pensamos, pero desde un principio el pronóstico sobre nuestra relación tendría que haber sido más bien malo. Quién se hubiera imaginado siquiera, el fundar una relación con un antecedente tan sombrío, por decir lo menos. Una anécdota que hubiera despertado más de alguna vacilación.

De cualquier manera nada nos importó, en un principio nos encapsulamos de todo y de todos y nos dedicamos a vivir lo que considerábamos era nuestro destino.

Esto, a pesar de lo romántico que se oye, logró alterar entornos que nunca podría haber adivinado.

(Continuará...)

Capítulo 2

PARTE 2

Ahora que Ella no está, he empezado un largo proceso para juntar los pedazos de lo que quedó de mi vida. En un juego de rompecabezas de un millón de piezas, tantas, que no me dejan reconocer la verdad, aunque la tuviera enfrente.

No atino resolver si necesito que vuelva o si solo me basta saber con certeza lo que nos pasó. Una verdad que se me niega, que aparenta ser a todas luces evidente, pero que se deshace apenas trato de asirla en mi cabeza.

Es en ese merengue emocional en el que me encuentro, el que me ha orillado a esta idea loca de escribir nuestra historia. Lo hago con la convicción de que si la reseño tan fielmente como sea posible, podría encontrarme con los eslabones extraviados que me permitan alcanzar un poco de paz, que es lo único a lo que puedo aspirar ahora.

Esto que escribo es únicamente para mí. No podría desnudar mi alma para luego aventárselo a quien sea, solo para darle la ocasión de que se mofe de mi tristeza, que ría con mi agonía y el grito sordo y desesperado que lanzo a las cuatro esquinas desde que Ella se marchó en aquel crucero maldito, dejando atrás sólo una carta que nunca leí y una vieja mascada color verde musgo.

Sin embargo, este ejercicio de expiación me demanda que sea dirigido a alguien.

Es por eso que he decidido crearte amigo mio, para que en tu inexistencia seas el único que sepa de todo cuanto he vivido desde aquel día tan extraño que morí.

Ahora, si tú mi buen amigo, me pides que te explique qué nos unió desde un principio de esa forma tan orgánica, tan real, tan poderosa. De entrada, trataría de negarlo. Rechazaría cualquier adjetivo superlativo que lo explicara, seguro lanzaría por lo bajo un -*¡No será para tanto!*

A continuación, visto lo inútil de esa mentira, me quedaría en silencio por un minuto, para volver sobre mis pasos y responderte con descarnada honestidad. Y probablemente lo haría con un exceso descriptivo, recuperando los detalles más nimios, regodeándome con cada anécdota. Me regocijaría con los recuerdos más íntimos y profundos. Y a pesar de toda la amargura que me llena por dentro, tendría que aceptar que fui

muy feliz.

Ana Sofía… ese es su nombre. Pero nunca la llamé así, para mí, Ella era Analú.

Y sí, me cuesta pronunciarlo. Hay un nervio conectado con el alma que hace que me duela al articular su nombre. Analú, aquella joven doctora que me acompañó en mi último suspiro y que me trajo de vuelta, allá en el hospital al que me trasladaron... después… del otro accidente.

-¿Ves a lo que me refiero amigo?- Es imposible no darle la categoría de extravagante a este giro del destino que nos empujó a uno con el otro, todo resultado de la improbabilidad absoluta, de lo ilógico, ¡De lo absurdo! Lo pienso y me es inevitable sonreír. Si alguien llegara a escuchar esto terminaría molesto creyendo que le estoy tomando el pelo.

Creo que lo mejor es que te lo relate todo, y primero, sobre cómo y hasta dónde viví ese día.

Pero antes, debo disculparme por mis malas maneras. Me presento. Yo soy Luke. Mi nombre es Luis Nuño, aunque el resto del mundo me ha llamado Luke desde que tengo consciencia.

Pues bien, tenía 27 años y vivía desde hacía tres en mi departamento de la Ciudad de México.

Ese día, lo recuerdo como un sábado esplendoroso por la tarde. Tanto, que decidí salir a correr un poco en el parque enfrente de mi edificio en la Colonia del Valle. Ya había "dormido la mona" hasta tarde, debido al tremendo fandango que armé junto con mis tres mejores amigos la noche anterior. Así que lo justo era castigar un poco al cuerpo, para terminar de expulsar las toxinas, por más que sólo me hubiera tomado un par de tragos.

Acostumbraba dar 10 vueltas al parque, y me contrarió un poco que justo en la quinta, inadvertidamente, empezó a llover tímidamente. Sorpresivamente, en cuestión de unos minutos, aquella lluvia mutó a una de las tormentas más severas que recuerdo en mi vida. Me guarecí debajo de una gran palma, esperando que las nubes se vaciarán rápido. Pero fue la estridencia de los truenos lo que me hizo pensar dos veces esa decisión. Ahí iba yo, raudo en dirección a mi edificio, como un conejo remojado y con un gran temor a resbalarme en las baldosas de la banqueta. Crucé la calle ya inundada con grandes zancadas y provocando grandes olas. A esas alturas era un orate, un poseso al que parecía caerle ácido sulfúrico en lugar de agua. Llegué a la puerta de mi edificio y, antes de poder abrirla, mi sonrisa se me quebró cuando recordé a Benito… ¿No te dije

nada sobre Benito?… OK, rebobina.

Cuando salí a trotar me llevé a mi perro Benito, un *bulldog* francés negro. Una herencia de una ex-novia que el día que terminamos me devolvió cuatro discos de los de antes, Duran Duran, Foo Fighters, *Sargent Pepper* de los Beatles y otro que ya olvidé. ¡Ah! Pero me dio un bono, me dejó a su perro Benito. Yo no protesté mucho, ella solo quiso hacer justicia, pues ese perro y yo nos amábamos.

Cuando me di cuenta de mi terrible omisión, me regresé de inmediato al parque, cargando ya con un gran remordimiento por haberlo abandonado. Aunque le grité a todo pulmón, un concierto de truenos apagaban cada intento. Ya desesperado, me dirigí a la palma en la que me cobijé en un principio, el último sitio donde lo vi.

Lo último que recuerdo es estar a unos 10 metros de ese sitio, y ahí empezó la obscuridad…

(Continuará…)

Capítulo 3

PARTE 3

Desperté y no hice por abrir los ojos hasta que escuché un ruido muy cerca de mí que no pude identificar. Los cerré de inmediato pues la luz me lastimó. Después de eso mi mente empezó a trabajar en una explicación a esa circunstancia. No tardé mucho en enterarme que estaba en un hospital, lo delató el olor a asepsia y medicina. Me alarmé. Conté y moví cada brazo, mano, pierna, pie, rodilla, la espalda y el cuello. Y salvo una sensación de debilidad y mareo, todo estaba bien.

Lo siguiente fue escuchar la voz suave de una mujer, seguramente una enfermera, diciéndome – *Que bueno que despertó… le avisaré al Doctor*– Mientras tanto, me empeñaba vigorosamente en ordenar mis ideas y recuerdos. Pero nada emergió, más que un creciente dolor de cabeza.

Era tanto mi apremio por conocer lo que estaba ocurriendo, que los 15 minutos que dilató en llegar el Doctor, fueron para mí como si hubieran transcurrido horas. Cuando este llegó, procedió a informarme con especial detalle y tono paternal, una serie de circunstancias y hechos, todos extraordinarios y en los que yo había sido el protagonista. Nunca me hubiera imaginado que, después de esa explicación tan amplia, el buen galeno me hubiera omitido la parte más notable de todas.

Un rayo.

Me encontraron desmayado en el parque, después de haber sido alcanzado por un rayo. El impacto que me provocó esa noticia fue notable, sobre todo porque no tenía idea que alguien pudiera salir vivo de un hecho fortuito de esa naturaleza. Igualmente, supe que era martes, que ya cumplía tres días inconsciente y que, más importante todavía, milagrosamente no había sufrido mayor daño. Me aseguraron que solo pemanecería en el hospital un par de días más en observación, para después darme de alta muy seguramente el siguiente jueves.

Con gran alegría recibí la noticia que mi madre ya viajaba desde Torreón para verme, además de la visita de algunos amigos y compañeros de la oficina. En fin, todo parecía estar bien.

A pesar que fueron aclaradas casi todas mis dudas, y después de sentir el calor y apoyo de mi madre que recién llegaba desde el aeropuerto, no lograba deshacerme de un sentimiento que subyacía disimulado y escondido en el subterráneo de mi alma, uno que no lograba entender. Por una parte, me proveía de una inquietud inexplicable y, por otra, un vacío muy hondo. Algo se me había perdido de un día para otro y no atinaba saber qué era. Terminé por aceptar, después de reflexionarlo,

que ya no era el mismo. Había cambiado yo y había cambiado mi visión de las cosas.

Pasados unos minutos dejé de pensar en ello, preferí deducir que quizá ese estado de ánimo era resultado de los medicamentos que estaba tomando, sin olvidar el aletargamiento natural por los 3 días de inconsciencia y la falta de alimentación, lo que al final de cuentas me estaba terminando por pasar la factura.

-0-

En la tarde del día siguiente al que desperté, con un malestar físico persistente, intentaba dormir un poco mientras mi madre bajaba a comer algo a la cafetería. Pero no pude, aquella inquietud que quise soterrar me seguía punzando. Por instantes conciliaba el sueño, pero esa intermitencia me extenuaba hasta el hartazgo.

El ambiente se llenaba de rumores. A la distancia, llegaban murmullos de la central de enfermeras que se mezclaba de inmediato con el monótono giro del abanico que intentaba mitigar el calor del cuarto.

En algún lapso, en el que por fin sentí que mi mente se desconectaba para deslizarse con alivio en un sueño profundo, justo antes de lograrlo, me trajo de regreso un ruido impertinente. Reaccioné a tiempo para oír como llamaban a mi puerta. Primero quedo. Tanto, que dudé por un segundo si era real. Casi enseguida, se confirmó un doble golpe. Aunque, del otro lado, se podía adivinar que no estaban tan convencidos de querer entrar. De cualquier manera, yo estaba a punto de gritar para que me dejaran dormir.

Cuando me decidí abrir los ojos me encontré con una mujer que asomaba tímidamente su cabeza con timidez. Noté que se mordía el labio inferior, y eso, por alguna razón, me causó simpatía y atemperó el mal humor inicial.

– *Hola… soy Ana Sofía…* – Carraspeó para corregir… –*Soy la Doctora Ana Sofía Luna.*

Yo me preguntaba, si ella era una doctora ¿por qué entonces tanta pena de su parte? Ella dio un paso adentro del cuarto. Entre tanto, yo esperaba que me diera alguna parte médica, o bien, me suministrara algún medicamento.

– *Sólo quería saber cómo se siente*… - Yo no comprendí, ni el tono apagado de la pregunta, ni su conducta retraída.– *Bien gracias* – Contesté seco.

Ella se regresó a la puerta y revisó ambos lados del pasillo, y con ello me dio la impresión que se cuidaba que no la descubrieran haciendo algo prohibido. No dijo más. Se despidió agitando su mano y desapareció, dejándome perplejo y nuevamente molesto. ¡Gracias a la lunática que me estropeó mi sueño!

Tiempo seguido entró la enfermera quien me soltó de entrada. – *¡Ah, que bueno! Ya conoció a la Doctora Luna*…– Y fue ahí que me picó la curiosidad. – *¿Y ella también está a cargo de mí?* – Pregunté sin mostrar mucha importancia.
– *No precisamente Sr. Nuño… ¿Es que no sabe?* –
– *¿Saber qué?* – Y yo advertí por su gesto que estaba a punto de cometer una indiscreción.

–*Por favor, dígame ¿Saber qué?* – Insistí francamente intrigado.
– *Sr. Nuño, se lo voy a decir, pero… yo no le dije nada… ¿Está claro?… No puedo permitirme una amonestación en mi expediente a 2 años de mi retiro*…– Asentí con la cabeza y quedé expectante.
– *Señor Nuño, no entiendo por qué no se lo han dicho. Usted estuvo durante varios minutos sin signos vitales después que llegó a emergencias. Se le intentó reanimar, pero en algún momento se le declaró muerto. La Doctora Luna estuvo todo el tiempo ahí, y fue ella la que se dio cuenta, cuando ya se habían ido todos los demás, que el equipo detectó de nuevo los latidos de su corazón. Señor Nuño, ella hizo todo lo necesario para sostenerlo con vida mientras regresaban los demás para estabilizarlo*…– Ella se detuvo al oír un ruido en el pasillo.

Quedé sin palabras.

Y no quiso decir nada más a propósito de eso, solo insistió para que no la comprometiera.

-0-

Esa noche, desperté 15 minutos después de las 2 A.M., y a partir de esa hora me hizo presa un insomnio feroz.

Me encontré sólo y a media luz. Tempreno convencí a mi madre que pasara la noche en su hotel, y no en el "*caballo de tortura*" en el que había pasado la noche anterior. Después de mucho protestar, se había ido hacía unas 4 horas. No hice por prender la tele, ni por leer. Me quedé quieto cavilando en todo lo que me había ocurrido. Dediqué mucho tiempo en la revelación de la enfermera, y también reparé en esa melancolía incomprensible que había venido arrastrando.

Fue un poco antes de las cuatro de la mañana, que oí unos pasos por el pasillo. A esa hora cualquier ruido era magnificado por el silencio casi sepulcral que invadía al hospital. Estos pasos a diferencia de los otros que

llegué a escuchar, se detuvieron afuera de mi cuarto. Pero nada pasó. Esos 30 segundos me mantuvieron en vilo, un terror incomprensible me tomó por sorpresa. Es entendible que medicado y a esas horas es muy fácil echar la mente a volar e imaginarse cientos de fantasmas deambulando por esos amplios pasillos del nosocomio.

Pasadas las cinco de la mañana, cuendo pensé que me rendiría al cansancio, escuché cómo regresaban los mismos pasos que me turbaron un par de horas antes. Reedité esa experiencia cuando, de nueva cuenta, se detuvieron justo afuera de mi habitación. No pude hacer nada más que aguardar un poco frenético y paranoico, postrado y escuchando como chirriaba levemente la cerradura. Esta fue girando lentamente hasta que la puerta se abrió muy, muy despacio.

Desesperantemente lento.

El miedo me estaba matando amigo mio. Quizá lo conducente en esa circunstancia hubiera sido preguntar, pero ni se me ocurrió, ni hubiera podido hacerlo: estaba enmudecido.

Finalmente, con la puerta abierta, distinguí en la penumbra una silueta de mujer. Fue hasta ese momento que pude articular algunas palabras. No recuerdo qué dije y quizá no se me entendió, pero al menos sirvió para notificarle a esa extraña que yo estaba despierto.

– *Hola. ¿Lo he despertado?… Soy la Doctora Luna… ¿Me recuerda?…* – Justo cuando prendí la luz.

Lo que vino después, no lo esperaba ella… ni yo.

Fue tanta la tensión que sufrí que cuando esta acabó, no pude hacer otra cosa que reirme, y me fue inevitable escalar esa risa hasta llegar a la carcajada. Entonces, Ella hizo un movimiento que me sorprendió… corrió hacia mí y con su mano cálida y suave tapó mi boca, y riéndose también cerca de mi cara me dijo – *¡Silencio! Que nos van a escuchar* – Y fue esa la primera vez que vi sus grandes ojos verdes…

(Continuará…)

Capítulo 4

PARTE 4

- *Te voy a quitar la mano de la boca… pero tienes que dejar de reír*- Yo seguía estacionado en sus grandes ojos verdes, y no sentía ninguna molestia, ni por su mano, ni por su cercanía.

- *¡Audrey!* - Dije exaltado cuando me quitó su mano. A Ella le sonó como si yo hubiera resuelto un acertijo. En realidad, se trataba de un viejo juego que jugaba con mis amigos. Decir rápidamente a que artista nos recuerda determinada persona. Y ella, sin pensarlo, me trajo a la memoria a Audrey Hepburn. Claro, con ojos verdes claros y un cabello largo y ondulado.

- *¿Audrey?... no, soy Ana Sofía… la Doctora Luna* - Mientras me miraba sonriendo – *¿Por qué te reías así? Creí que lograrías despertar a todos los pacientes del hospital*- Y se sentó en el sillón.

- *¡Casi me cago del miedo! Creí que eras… no sé… algo. Y cuando ya te vi pues… era llorar o reír. Y como te puedes haber dado cuenta opté por reír*- Pare de sonreírle casi enseguida, y me quedé serio.

– *Ya me he enterado lo que hiciste por mí…* - Le solté de pronto. Era un tema que había que tocar. Seguramente era la misma razón por lo que Ella me había ido a buscar.

- *Sí, eso… pues nada… es mi trabajo* - No dejaba de sonreír.

– *Me da muchísimo gusto haber estado ahí en ese momento... y ayudarte*…- Su cara estaba roja.

- *¿Ayudarme? ¡Pero si me salvaste la vida! Justo ahora estaría siendo plato de un montón de gusanos. Si no fuera algo extraordinario para ti también, no habrías hecho por verme, dos veces* - Y ahora era ella la que se puso seria.

- *La verdad es que me prohibieron verte*- Y su cara denotaba que estaba cruzando alguna línea al decírmelo - *Ellos creen… ellos temen, que puedas demandarlos y generarle mala publicidad al hospital…*- Y se mordió el labio inferior, una costumbre de ella, según me pareció.

- *No tengo esa intención… ¿Ana Sofía?* ...- Me vi un poco torpe por dudar del nombre que me había dado ya dos veces.

- *Si. Ana Sofía Luna. Mis amigos me dicen "Analú" … ya sabes… un apodo de secundaria*- Y percibí cierta pena en su mirada, no sé si por el gesto de confianza conmigo o por su apodo.

- *Pues Analú, ya sabes que soy Luis Nuño, pero yo también tengo un apodo. A mí, hasta mi madre me dice "Luke". Y no me preguntes de dónde salió, creo yo que desde primaria*- Y añadí - … *¡Ah! ... Te decía que no me ha pasado por la cabeza demandar ni nada por el estilo, así que no te preocupes por eso*- Espere unos segundos y me sinceré - *Lo que sí te quiero decir es… gracias… me salvaste la vida…*- Y la miré a sus ojos verdes, verdísimos. Y pensé que podría verlos por horas.

- *Luke, de verdad, no tienes que*… - Se detuvo y repuso.

–*Sí, es cierto, te salvé*…- Nuevamente paró, y por su mirada deduje que estaba buscando las palabras exactas en su mente. Luego suspiró y empezó de nuevo.

– *Estoy terminando mi residencia como médico internista en este hospital. Y la noche que llegaste en la ambulancia, estaba apoyando en el área de urgencias. Me encontraba atendiendo a una persona que había sido atropellada, cuando me llamaron a otra urgencia. Ahí estabas tú. Llegaste al hospital después de haber recibido el impacto de un rayo, y aunque por fuera no presentaras lesiones o quemaduras, prácticamente no tenías signos vitales. Yo asistí directamente al médico que intentaba reanimarte. Personalmente estaba atenta de los distintos monitores…* - Sus ojos estaban humedecidos y sonaba emocionada cuando decía esto ¿Se estaba desahogando?

- *Y no sé en qué momento, en medio de la enorme tensión y el apremio que supone una situación como esta, donde unos gritan y otros corren, al ver que no reaccionabas a pesar de todo lo hecho.... nos dimos cuenta que te íbamos a perder. En mi mente pensaba ¡que tristeza! Y luego miré tu cara… te veías como cualquier otro… y luego… sonreíste… Nadie más ahí lo notó. Sólo yo. Pero aún así, no hubiera sido difícil explicarlo de muchas maneras, un gesto involuntario... lo que sea. Y ya lo sé… ya sé lo que puedas pensar, pero juro por Dios que sentí que me sonreíste a mí*…- Sus ojos eran más verdes que nunca y me miraban intensamente.

- *Finalmente, después de intentarlo a todo trance, te declararon muerto*- Y bajó sus ojos.

- *Yo quería seguir intentándolo, pero el médico a cargo dijo que era suficiente, yo obedecí, y en ese instante solté una lágrima...* - Yo la escuchaba y no podía evitar emocionarme junto con ella - *... antes de retirarse se acercó y me aconsejo paternalmente que tenía que evitar involucrarme emocionalmente con los pacientes, de otra manera no podría tener paz. Después, todos se retiraron. Menos yo… me quedé, no era mi intención quedarme ahí sola. Simplemente no me di cuenta cuando la última persona abandonó el quirófano...* - Hizo una pausa, mientras permanecía con la mirada baja.

- *... reflexionaba yo en esos minutos que me quedé sola contigo, que era cierto lo que me hizo ver el especialista, me había involucrado con una persona desconocida e inconsciente, pero ¿por qué?* - Preguntaba y levantaba la mirada hacia la mía*. - Lo de la sonrisa supongo que puedo haberle dado un valor y una interpretación muy subjetiva. Supongo que a pesar de mi experiencia no ha dejado de impresionarme al ver morir a alguien de mi edad. Alguien con el que podría salir a tomar un café y conversar sobre, no sé… intereses comunes*…- Y sonreí.

- *¿Me estás diciendo que vivo gracias a que querías ir a tomar un café conmigo?* - La interrumpí.

- *¡No seas tonto!* - Me contestó sonriendo – *Me quedé porqué algo me hizo quedarme. No sé explicarlo… un par de minutos antes de irme, me di*

cuenta por el monitor que tu corazón había empezado a latir… débilmente, pero latía…- Entonces, suspiró profundamente,

- Y hete aquí.

Cuando Ella terminó hicimos ambos una pausa, mientras observábamos como se colaban las primeras luces del nuevo día.

Y añadí – *Yo me siento un poco tonto* - Mientras le lanzaba mi mejor sonrisa – *No tuve la dignidad de llegar aquí ni siquiera atropellado, navajeado… ya no digamos balaceado. ¡No! Tenía que llegar "rayado"* – Y ella reía, y yo con ella.

- *Sólo espero que Benito le haya ido un poco mejor*… - Y en ese mismo segundo salté como resorte hasta sentarme.

- *¡Benito!... ¡hasta ahora me acuerdo de él!...* - Y me quedé verdaderamente angustiado.

- *¿Un amigo? ¿Quién es Benito?* - Había conseguido preocuparla también a ella.

- *Mi perro* – Dije totalmente afligido –*Yo regresé a buscarlo en la lluvia, fue cuando supongo que me cayó el rayo*- Y ella se lamentaba con su mirada mi situación y la del pobre Benito.

En eso estábamos cuando inadvertidamente entró una enfermera. Analú discretamente se secó los ojos, y con su mirada me dijo que tenía que irse. Yo lamenté muchísimo que se fuera; eso y lo de Benito me dejaron muy desanimado.

Cuando se huno marchado, ya sabía que la iba a extrañar. ¡No lo podía creer! Pero era cierto.

¡Ay amigo! Me acuerdo y me vuelvo emocionar… de Benito no te preocupes, te platico...

(Continuará…)

Capítulo 5

PARTE 5

Me animaba que esa misma mañana me darían de alta. Mi Madre había hecho ya las gestiones necesarias. Finalmente, los doctores resolvieron que no había una sola razón que justificara mi permanencia ahí.

Me encontraba montado sobre una silla de ruedas, a la espera que un enfermero me escoltara a la salida, tal y como el protocolo lo establece. Y así terminaría este bizarro episodio de casi 5 días de mi vida, en el que primero estuve muerto en una plancha, luego en terapia intensiva y después en observación. Esto último lo repetía una y otra vez como un chiste, al grado que a mi Madre le resultó excesivamente chocante. Y yo le replicaba riendo, que generalmente era al revés, pero ella no entendió la gracia y tuve que dejar de decirlo.

Había dos cosas que, a punto de salir de ese lugar, ocupaban mi mente.

La primera, no sabía nada de Benito. Mi madre había hecho alguna pesquisa en mi edificio y sus alrededores y no había tenido éxito. Yo estaba temiendo que nunca sabría nada más de mi perrito. Otra cosa que me inquietaba (y ahora que lo pienso, era realmente lo que más ansiedad me causaba) era que ya no había vuelto a ver a Analú.

No recordaba en mi vida, alguna otra mujer que me haya impactado tanto. En su momento asumí que las circunstancias tan especiales contribuyeron para lograr ese interés tan grande en ella. Desde luego mucho tuvo que ver que era una mujer incuestionablemente bella. Así que todo eso, además de lo subrepticio de nuestros breves encuentros, cubrieron mi idea de ella con un halo de fascinación desconocida para mi.

Tenía más de 48 horas que la había visto por última vez. Y no logré obtener, por más que lo intenté, información adicional sobre ella con cuanta persona me dejó preguntarle: enfermeros, doctores, gente de intendencia, etc. Incluso la estuve gugleando por horas y supe que no tenía ni *Facebook*, *Twitter*, *Instagram* o alguna otra red social. Lo único que obtuve fue una mención y una foto en un recital universitario en el 2010, donde aparecía hermosa, por sí hiciera falta decirlo. Al pie de esa foto rezaba *«La bella Analú Luna se destacó el día de anoche en la presentación del "Lago de los cisnes"».*

Esa imagen me ayudó mucho a recomponer su rostro en mi cabeza, pues con el correr de las horas se había ido difuminando, sólo me quedé

con la idea de su persona, su olor quizá. Recordaba que guardaba un parecido con Audrey Hepburn, pero evidentemente no era igual. Analú tenía los ojos de un verde intenso, y su cabello era castaño claro ¿O lo tendría pintado?

Una vez que recorría los pasillos del nosocomio, enfilándome hacia la salida, procuré ver en todas direcciones esperando reconocer su rostro entre tantos que ahí se encontraban. Mi Ma, madre al fin, haciendo uso de esa sensibilidad con la que fue dotada por el simple hecho de serlo, algo intuyó en mi cuando me vio tan inquieto, sin embargo, nada me preguntó.

Llegué a mi departamento a las 4 de la tarde. Había llevado a mi madre al aeropuerto. A última hora la convencí de que ya no hacía falta que se quedara. Así que se fue a cuidar a mi hermana que estaba a semanas de dar a luz. Muy poco demoré en lamentarlo, terminé reconociendo que me habría hecho mucho bien tener su compañía un par de días más. Inadvertidamente había llegado a mi la soledad, un sentimiento desconocido para mí.

Quiero decir, querido amigo, que hasta ese momento disfrutaba la soledad, es decir, la libertad de optar o no por ella. El sentimiento que ahora me embargaba destilaba una tristeza diluida en cada segundo, no era para nada algo que me avasallara… pero ahí estaba. Me quedé mucho tiempo sentado en mi sillón de *gamer*, esa ancla que tenía aún puesta en mis años de estudiante, pero no me nacía prender mi XBox ni buscar algún partido de fut en mi pequeño santuario de la soltería y de mi reafirmación de único mando sobre mi destino. En su lugar preferí quedarme en silencio.

Habría salido a buscar a Benito, si no fuera porque los médicos me recomendaron reposo por un par de días más, lo que creí excesivo ya que me sentía bien. Una de las condiciones por las que mi Mamá aceptó irse, es que yo no saldría a buscarlo hasta el domingo.

Mientras daba vueltas en mi sillón, observando los 360 grados de todo ese espacio en el que no había más que cosas, caí en cuenta que tenía una asignatura pendiente por cumplir.

Claro. En algún momento tenía que profundizar un poco en lo que recién me había pasado en el hospital, ya sabes, la muerte clínica que de una u otra forma me fue declarada. Eso lo había estado posponiendo y me pareció que era oportuno, además de necesario. Ahora, yo no soy una persona religiosa, digo… claro que creo en Dios… pero digamos que voy a misa muy pocas veces al año, y no rezo ni hago todo lo que se supone que debo de hacer. En ese momento que lo pensaba, me pareció que sería una buena idea ir a una iglesia y agradecer que estaba vivo… tengo que aceptar que he tomado aparentemente muy a la ligera toda esa

experiencia. En un principio pensé que lo hacía para no preocupar a mi Ma, pues no pude evitar darme cuenta de su expresión cuando el Doctor le explicó con más detalle por todo lo que había pasado. Pero la verdad es que todo el tiempo insistí consciente e inconscientemente en mantener esa postura tan *cool*, porque en el fondo me había logrado perturbar la sucesión de hechos en las que yo era el único protagonista.

Además, persistía esa sensación de que algo en mi interior hizo "*click*". Quería pensar que algo tenían que ver las medicinas que tomé y el tiempo que estuve dormido o inconsciente en el hospital, pero era innegable, una hora después de haber llegado a mi cueva, todavía rumiaba un desasosiego desconocido. Tan era así, que opté por salir del departamento y de mi edificio, para cruzar la calle que me separaba del parque, y fui hasta aquella palmera, la de mi último recuerdo.

Reí al ver ahí un letrero improvisado de madera que rezaba en grandes letras rojas: "Cuidado, durante la lluvia hay riesgo de que caigan rayos". Me senté en una banca a un lado de la palma y enfrente de ese letrero que, francamente, me hubiera resultado harto útil la última vez que estuve ahí.

Me sumergí, apenas llegué a ese sitio, en una profunda reflexión ya no sólo sobre los 5 días pasados, sino sobre toda mi vida. Me pregunté qué había ocurrido con los sueños y aspiraciones de aquel niño rellenito que alguna vez fui, aquel que quería ir al África a salvar niños del hambre y de las enfermedades, y que juraba que un buen día se elevaría en uno de esos papalotes que solía volar. Aparentemente lo sustituí con el adolescente jugador de videos y el compulsivo hacedor de abdominales, y luego por el joven que decidió estudiar mercadotecnia y luego una maestría en alta administración. El tipo que tenía muy claro su objetivo de ser CEO de alguna gran compañía antes de cumplir los 40.

Y ahí me quedé, en medio de esas y otras disquisiciones, y cuando advertí que empezaba a obscurecer, quise saber la hora y caí en cuenta que no portaba un reloj, y más extraordinario, hasta ese momento es que me pregunté ¿dónde está mi *Iphone*? Tenía ya 5 días sin celular y sin esa ridícula obsesión por tenerlo muy cerca para evitar perder... algo ... no sé qué, pero "algo" con toda certeza. Un artefacto sin el que no sacaba la nariz a la calle, ¡caray, cómo hemos cambiado! Me preguntaba en tono jocoso, pero con una seriedad absoluta.

¿Y ahora? ¿Cuál es mi fin... mi objetivo? Ya no sentía que fuera el mismo, cuando menos en ese momento ya no deseaba trabajar como loco para aspirar a ser el mandamás de una gran compañía. Pero cada vez tenía más la certeza que todo lo ocurrido obedecía a un propósito central. Pensar que todo había sido tan solo el resultado del caos universal, empezaba a ser inconcebible. En algún lugar se había dado una carambola

de tres bandas y yo era la bola blanca…

Repentinamente sufrí un profundo terror que me hizo emerger apresuradamente de las profundidades de consciencia por las que andaba, para gritar primero, y luego lidiar con el ataque físico de un ser desconocido al que no podía ver en la penumbra en la que estaba…

- *¡¿Qué?!... ¿Benito?... ¡Benito!*... - Grité emocionado mientras Benito me lamía la cara desesperado dando grandes brincos con sus patitas cortas ¡Como si yo fuera la última croqueta de la tierra! Y yo lo abrazaba con el mismo entusiasmo que lo hacía el pobre animal. Luego, para seguirme sorprendiendo, ágilmente saltó de mi regazo hacia el piso y salió corriendo un trecho y se perdió en unos setos, mientras yo quedaba todavía conmovido por la sorpresa.

No tardó mucho el regreso de Benito, solo que ahora, corría hacia mí para luego detenerse un poco y regresar unos metros hacia atrás, como si esperase a alguien. Inesperadamente apareció la silueta de una persona que no lograba distinguir al principio.

Conforme se fue aproximando, mi corazón empezó a latir más fuerte, y yo seguía reuniendo más datos en mi mente sobre quien pudiera ser esta persona…

… Y era ella…

(Continuará…)

Capítulo 6

PARTE 6

… Y era ella…

Amigo, ¡créeme! Desprecio ese hábito de los tontos para adornar las pláticas con exageraciones e inexactitudes, para luego hacerlas parecer más interesantes.

Te juro que yo no caeré en eso, pero si tengo que hacerte un relato fiel de lo que sucedió, usaré todos los escasos recursos que tengo, para describírtelo con justa exactitud, tal como lo viví esa noche.

Analú apareció detrás de aquellos setos, precedida por Benito, y aunque era bañada por la obscuridad reinante, esta no era total, de tal forma que durante su recorrido hacia donde yo me encontraba, ella quedaba, por momentos, parcialmente iluminada por una luz potente que se filtraba entre las hojas y ramas de los árboles, dándole así a mi espera un toque de expectación, de emoción contenida, que violentó sin remedio a mi corazón que, repentinamente, desbordó sus latidos.

Cuando por fin la vi, después de ese interludio mágico, con ese vestido amarillo corto y pegado de algodón con flores blancas pequeñitas, zapatos bajos, sin gota de pintura y con el cabello suelto … y ya sé... ¡ya sé! A riesgo de llenar esta memoria con frases gastadas, tengo que decir simple y llanamente que me dejó sin aliento. Y, desde luego, cuando quise hablar sentí que apenas podía balbucear.

- *¿Analú?... ¡Hola! Pero… ¿cómo es qué…? ¿Benito…?* - La verdad no lograba entender como se vinculaba Analú con Benito.
- *¡Hola Luke!* ... - Me sonrió… y para seguir con los lugares comunes, se me iluminó la vida.
- *Pues sí, Benito aquí está ¿Cómo lo ves…?* - Y Benito era una explosión de alegría perruna que no dejaba de brincar – *¿Te lo explico?* …
- Mientras se sentaba a mi lado en la banca, todavía se reía de mí, seguramente por la similitud entre mi cara de sorpresa con mi cara de idiota.
- *Si, ¡Por favor!* – Decía esto mientras por dentro un regocijo me inflamaba el pecho, por lo que pensé que Benito y Yo estábamos haciendo un papelazo, aunque mi compañero lo llevó al extremo al echarse de panza para arriba, la lengua colgando y sus patitas al aire.
- *Pues no sé Luke, te vi tan preocupado por tu perro aquel día que hablamos en tu cuarto de hospital… así que, saliendo temprano esa mañana del hospital, se me ocurrió venir a buscarlo*…- Y se adelantó a mi siguiente pregunta – *Conseguí tu dirección en tu expediente, así que no*

tuve problemas para venir y por si fuera poco, tú no lo sabes, pero vivo a solo tres manzanas de aquí…- Me decía mientras yo observaba como se encendía un cigarro.

Yo, que he odiado el tabaco toda mi vida… me importó un carajo ese detalle. Seguía oyéndola encandilado por su encanto y feminidad, mientras estudiaba absorto cada pequeño detalle de su rostro, su mirada profundamente verde, su sonrisa amplia, su cuello largo y elegante, su talle esbelto, sus piernas de ballet… supe justo en ese momento que estaba arrebatadoramente enamorado de esta mujer, y sí, teniendo que recurrir a los clichés más comunes de las historias baratas de amor, te puedo asegurar que pensé con toda seriedad en aquella frase "*Como nunca jamás me he enamorado de alguien*".

Pero deja que te explique algo amigo. El detalle del cigarro no es poca cosa para mí. Entre mis amistades soy bien conocido por ser extremadamente sensible y reactivo a ciertas cosas, tantas que mi círculo me califica abiertamente de "muy especial", por no decir muy mamón. Una de las cosas que no soporto, es que la gente a mi alrededor fume. De muchas maneras mi vida social ha sido marcada por mis rarezas, mis amigos muchas veces han tenido que optar entre tolerarme o no. Muchos se quedaron, muchos se fueron.

Pues todo esto que te digo debe ser suficiente para que entiendas la fuerte ascendencia que esa mujer tenía ya sobre mí, desde el minuto 1 que llegó a mi vida, ¡Estaba fumando a medio metro de mí!

- *¿Cómo fue que lo encontraste? ¡Mi madre lo buscó en el edificio y sus alrededores!* – Pregunté impresionado, y Analú encogió los hombros, pretendiendo ser modesta.
- *Pues supongo que un poco de suerte, aunque también hice lo que la lógica de un perro dictaba*…- Y yo levanté la ceja entre divertido y curioso. Ella continuó – *Supuse que una vez que el pobre Benito se enteró que no regresaría a su casa, tendría que resolver su problema principal… ¡comer! Así que busqué una fuente de alimento para un perro como este, y como esta zona es muy limpia no encontré mucha basura disponible, pero sí un restaurante de carnes a una cuadra y media de aquí con muchas posibilidades de atraer el olfato de un perro… y ya está… una propina… y lo demás es historia...* – Y extendió sus brazos como diciendo ¡Fácil! Y luego hizo un mohín encantador con su boca, o no sé, a esas alturas yo ya le celebraba todo.

¡Ay amigo! No hay nada mejor que esos momentos en el que todo es felicidad y excitación, cuando crees estar enfrente de la mujer de tu vida.

- *Pero dime algo primero*- Aunque seguía impactado por su presencia, ya era dueño otra vez de mi voz – *Yo nunca te dije cómo era Benito…*- Le

sonreí intencionadamente, y rematé esa frase como si fuera un abogado dando un golpe magistral frente a un juez y una corte a la mitad de un juicio.

- *El portero de tu edificio es muy comunicativo Luke… mucho*- Y sonrió pícaramente, tanto que me intrigó que más le puede haber soltado ese boquiflojo.

Así transcurrió más de una hora. Divertidos y en franca camaradería compartiendo los pormenores de esa última aventura, el rescate de un perro negro llamado Benito. No se mencionó al hospital, ni al suceso milagroso de mi muerte clínica, mi regreso o la razón real de por qué estábamos ahí.
No sé exactamente en qué momento dejamos de hablar, pero nos quedamos estacionados finalmente en un prolongado silencio, no uno incómodo, en lo absoluto; era uno de esas comuniones extraordinarias en que no hace falta decir nada, solo compartir algo con quien pareciera conocer desde hace mucho tiempo.

Juntos observamos a través del gran boquete que se fue abriendo en el cielo nublado de la ciudad, y que nos concedió una rara oportunidad de ver las estrellas en un cielo claro e inmaculado. Durante todo ese lapso, me hice ajeno a todo, sin otra cosa que mirar en la misma dirección que Ella. Mi único pensamiento recurrente fue que allá arriba tuvo que haber habido una maravillosa conjunción de estrellas y constelaciones para provocarme un presente tan... ¿Feliz..? Sí, feliz ¿Por qué me costaba tanto admitirlo? Pero claro… ¿Y el futuro? ¿Habrá un futuro? En eso estaba cuando ella me bajó estrepitosamente de la nube en la que estaba montado.

- *Luke, ya me tengo que ir*- Soltó de improviso, y yo solo pensé en la manera de prolongar ese tiempo.

- *Oye, antes de que te vayas ¿No te gustaría cenar algo? En el depa debo tener varias cosas para preparar, o podemos ir al Capri por una pasta, o unos tacos y…*- Paré cuando observé su expresión.

- *Luke, ¿Recuerdas que te dije que había terminado mi residencia en el hospital? Pues mañana domingo es precisamente mi último día, después el lunes tengo que resolver un par de asuntos y el martes temprano me voy de regreso a mi ciudad* - Terminó y bajó un poco la mirada - *Me regresó a mi ciudad con mi familia… y con mi novio, con quien me casaré este mismo año* - Y luego me miró de esa manera, una que no soy capaz de interpretar, pero bien pudiera pensar que le había costado decir lo que dijo.

Y bueno. Tú no lo sabes amigo, pero entre mis peculiaridades está que soy el tipo menos romántico y, por lo tanto, enemigo número uno de cualquier tipo de cursilería, ya sabes, esas expresiones afectadas excesivamente por una sensiblería ramplona y chabacana, que a fuerza de

ser estridentes contaminan los sentimientos y las razones. Pues bien, ya con todos esos antecedentes, tengo que decirte que sus palabras fueron para mí dos estocadas en el centro de mi alma.

La oí y me quedé mudo. ¿Qué le podía decir? Era la tercera vez que hablaba con ella. La primera vez fue quizá 1 minuto, la segunda no más de 15 y esta última, una hora y media. Además, lógicamente tampoco establecí mi intención hacia ella de alguna manera, o ella hacia mí. Entonces ¿Por qué me dolía tanto? ¿Por qué sentía un impulso tan fuerte por llorar?

- *¡Ah! Pues muchas felicidades*- Dije obligado por las formas, sin ningún convencimiento, pensando al mismo tiempo si Analú habría captado de alguna manera mi estado de ánimo.
- *Gracias*- Dijo secamente.

Se levantó, y yo junto con ella. Quedando de frente a mí, recibiendo pleno en su rostro la luz de un farol próximo, atónito observé sus ojos pintados con un azul tan intenso que no pude evitar parpadear un par de veces.

Se agachó para rascar la panza de Benito que seguía ahí donde mismo. Se incorporó, me miró y me tendió la mano, luego dudó un poco, pero al final me dio un beso tímido en la mejilla.

- *Adios Luke… adiós Benito*- Me miró por última vez, se dio la media vuelta y se marchó.

Y se alejaba, yo la seguía con la mirada, mientras mi boca se había quedado pasmada. Quería decirle, quería gritarle algo, lo que sea, tan solo para detenerla un instante más. Pero no lograba sacar nada. Y se fue haciendo pequeña, acercándose a los setos de donde había emergido no hace mucho.

Y fue apenas unos metros antes de perderse en esos setos, que exclamé en voz alta – *Pensé que tus ojos eran verdes*…

Ella me oyó y se paró de inmediato, ahí se quedó un par de segundos como si no supiera qué hacer, se dio la vuelta y camino hacia mí por ese trecho, por segunda vez en esa noche, repitiendo el mismo efecto de luces que tanto me había impactado la primera vez.

Y llegó hasta mí, su cara muy cerca de la mía, mirándome directo a los ojos, casi inexpresiva, con esos dos luceros azules que yo juraba eran verdes.

– *Mis ojos siempre son verdes, salvo cuando estoy muy triste… cuando*

estoy muy triste son azules... - Se dio la vuelta y ya no dijo más.

En esta ocasión, ya no pude decir nada.

(Continuará...)

Capítulo 7

PARTE 7

Cuando Analú se hubo ido, caí en cuenta que no la volvería a ver nunca, y me empecé a preguntar, una y otra vez, *¿Qué hago?... ¿Voy detrás de ella…?* Todo mientras daba vueltas en un radio de 8 baldosas, y como testigo Benito que me seguía con esa mirada, la que me asustaba a veces, pues realmente me hacía dudar si de verdad entendía lo que estaba pasando.

Amigo, tienes que entender mi desconcierto esa noche, no tenía una idea clara de dónde estaba parado en cuanto a esta chica, no sabía que debía hacer o dejar de hacer pero, peor aún, si la respuesta era ir a buscarla, Ella se había alejado sin tener una idea clara de dónde encontrarla.

Estarás de acuerdo que la situación era absolutamente atípica. Y claro, ella era linda, muy linda. Para serte perfectamente honesto, Ella me tenía loco desde el primer segundo, como ninguna otra mujer jamás lo logró. El alud de pensamientos que le siguió a ese instante me hacía perder la compostura y, por lo tanto, el control de mis actos. En amplias oquedades de mi cabeza cabalgaban sueltas un montón de ideas, y en todas terminaba yo corriendo detrás de ella. ¡Una locura amigo!

Pero ¿qué le vamos a hacer? ¡Se va a casar!... Y me daba la impresión de estar en el rictus de un galán de telenovela de los setentas.

Un poco de la cordura que se extravió durante este desvarío, empezó a dar signos de vida. Hasta ese particular momento empecé a recuperar el dominio de mis actos y mis pensamientos. Me cuestionaba *¿Qué es lo que estoy haciendo? ¿Qué hago en medio de este tremendo merengue? Ya tengo 27 años, no puedo atorarme en cualquier rosal… Pero ¿Qué cosa soy… un adolescente… o un imbécil? ¿Cómo puedo trastornarme la vida en un par de días?* La verdad estaba sorprendido por toda la tensión que había generado en mi vida una desconocida con la que no lograba completar ¿Cuánto? ¿Dos horas de trato? ¡Era increíble!

Después de ese remolino de ideas y contra-ideas concluí que todo este caos emocional lo habían causado los largos días que fue internado, la ingesta de medicinas y más medicinas; y una muy poca y muy mala comida del hospital. Y, por si fuera eso poco, por si hiciera falta otro elemento para ponerle la bandera al pico de la montaña, estaba todo ese extraño suceso sobre mi muerte. Algo que procuraba cavilar, y que cuando emergía nuevamente a la superficie de mi consciencia, no tardaba mucho en encontrarle un distractor con tal de no echarme un clavado en

ese hoyo negro en mi existencia.

Además -regresando a lo otro- ese no soy yo. Me distinguía por cerebral, calculador, quizá hasta un poco frío, sí lo admito. Lo mío era lo seguro, lo *marrao*, no me podía ir de boca de esa manera. Durante esa reflexión sentí que había hallado de donde asirme, como sí hubiera podido resolver el nudo mental que me tenía doblado. Me senté nuevamente en la banca y con absoluta convicción concluí "*Ella ya se fue. No sé dónde vive, no tengo su teléfono ni a dónde comunicarme con ella. No haré nada por buscarla y dejaré que el destino fluya*". Y en ese acto amigo, renuncié a eso que estaba empezando a ser una fijación. Después de eso, sentí calma.

Ya con esa certeza, me enfile con Benito hacia el departamento. Llegué, me senté en mi silla de *gamer*, levanté el teléfono y pedí al Capri una pasta. Me metí a bañar, me puse mi vieja camiseta de *Mickey Mouse*, esa que nadie conocía por la pena que me causaba su existencia, pero que por otro lado tampoco me podía deshacer de ella. Llegó mi pasta. La cené con un poco de vino que guardaba en el refri. Me lavé los dientes y me acosté. Y más tarde, soñé.

Así es amigo… tuve uno de esos sueños… ¿Cómo describirlo? Si te digo que fue raro, rápidamente me dirás ¿Qué sueño no lo es? Y tendrás razón. Digamos que fue un sueño extraordinariamente vívido, lleno de luz y colores fulgurantes. Todas las sensaciones se sublimaban, como si fuera un viaje trascendental… como si por primera vez viera, tocara, oliera, escuchara y probara. Pero bueno, sé tú el juez.

Después de dormir profundamente desperté. Primero vi el techo y noté que en él había muchas luces. Esas luces, sin saber cómo, se acercaron a mí… o al menos, eso creía… pero no, estaba ocurriendo lo contrario, era yo el que se había aproximado al techo y a las luces, porque… ¡Flotaba en el aire! Justo en ese momento, recuerdo haberme hecho consciente del sueño, ¡no pasa nada! Me dije. Pronto despertaré. Bajé la mirada y me sorprendí al verme allá abajo, parecía dormido. Puse un poco más de atención y me di cuenta que estaba en un quirófano. Tenía el pecho descubierto, a mi alrededor un grupo de doctores discutían entre sí, y me llegaban voces lejanas y metálicas:

- *Doctora es inútil. Hemos satisfecho con suficiencia los protocolos, el paciente ha fallecido… cariñosamente le recomiendo que procure no bajar la guardia, somos doctores, pero antes somos personas, y nos debemos mantenernos sanos emocionalmente y en las mejores condiciones para cumplir con nuestro trabajo…*-

Tengo solo fragmentos del sueño, lo siguiente que recuerdo es que de nuevo me elevaba, lentamente me alejaba, cada vez se iba empequeñeciendo todo, hasta que desaparecía de mi visión esa sala y mi

cuerpo recostado. Levanté la mirada y frente a mí tenía un camino que seguir. Sin sentir temor alguno y desprovisto de todo sentimiento que no fuera el de una grandísima paz, me dejé llevar.

Era una emoción hermosa, esa de dejarme ir sin preguntarme y, mucho menos, angustiarme por el futuro, de alguna manera tenía la certeza que estaría bien, muy bien.

Súbitamente oí algo, apenas perceptible, venía de abajo. Ese rumor, sin saber de qué manera, me jaló de regreso. En ese punto, yo no quería regresar, deseaba tanto quedarme ahí enmedio de ese bienestar indescriptible. Pronto, me vi retornando por el mismo camino, hasta que divisé a lo lejos, un cuadrito iluminado en mi horizonte: era el quirófano dónde había estado hacía solo unos instantes.

Me volví a ver ahí, tendido, solo que en esta ocasión con una mano sobre mi pecho. De a poco, oí otra vez y más claramente el rumor a partir del cual había regresado. Era un llanto muy quedo, sentido, profundo.

Amigo todo esto que intento describirte tan torpemente, multiplícalo por mil y seguiré estando muy lejos todavía de las percepciones y sensaciones que viví en ese momento, en ese sueño tan extraordinario. El sentimiento que lo impregnaba todo, era de una honda tristeza, de un deseo ferviente por no despertar. Sin embaro, también había comprensión, simpatía… algo muy humano.

Repentinamente abrí los ojos, sin sobresaltarme. Tranquilamente, me incorporé, abracé mis rodillas por unos segundos, y luego, después de saborear los resabios del sueño, sin pensarlo mucho me dije con ímpetu - *¡Analú!*

Tiempo seguido, me levanté, me puse unos tenis, tomé mis llaves, revisé el reloj: las 2:47 AM.

Salí presuroso de mi edificio y corrí hasta la banca donde estuve con ella. Sin darle muchas vueltas a lo que tenía que hacer, seguí su rastro, avancé hacia los setos y doblé al igual que ella lo hizo, luego mantuve el rumbo corriendo hasta salir del parque. Y así seguí por tres manzanas, las mismas que ella había indicado. Llegué a una esquina de anchas avenidas. En esa confluencia existían cuando menos 5 o 6 edificios de departamentos. Giré los 360 grados y no logré ver una sola luz prendida. Me regresé a una de las esquinas y me senté sobre el cordón. No sabía qué hacer. Era ridículo, no podía tocar los timbres de cerca de cien departamentos para ver si tenía suerte. Ahí me quedé un tiempo, el suficiente para admitir que había sido derrotado por las circunstancias. Lo de una aguja en un pajar era poco.

Di una última mirada y regresé sobre mis pasos. Toda la alta muralla de convicciones que me había impelido salir a buscarla, se había derrumbado estrepitosamente. Ahora verla se había convertido en una necesidad imperiosa… aunque fuera una última vez. Con la mirada en el piso, había caminado ya una cuadra en dirección a mi departamento. Y en algún segundo, movido por algo que no puedo explicar, di media vuelta y corrí impetuosamente otra vez hacia esa esquina. Llegué justo a la mitad de esa intersección desierta, y tomando una gran bocanada de aire, grité con toda mi alma su nombre. Y lo repetí 4 o 5 veces, cada vez más fuerte y prolongado. No tardó mucho para que se empezaran a prenderse las luces de algunos departamentos. Después oí como se corrían algunas ventanas, seguido por gritos y algún insulto.

Yo, lejos de callarme, seguí gritando como un loco.

- *¿Qué haces?* - Escuché a mis espaldas… giré y la vi.
- … *Nada*- Respondí tan estúpidamente que no te puedes imaginar. Como un niño con chocolate en la boca y negando haberlo comido.
- *¿Me estabas buscando?* - Preguntó sonriendo.
- *Si*…- Afortunadamente no lo negué.
- *¿Y por qué me buscas aquí? Yo no vivo aquí, vivo a dos cuadras de aquí*- Y se sonreía. Yo me quedé callado, sin tiempo de sentirme más ridículo aun, pues observé detrás de Analú como se acercaban a solo unas cuadras, dos patrullas de policía, seguramente solicitados por los vecinos molestos. Así que la tomé de la mano, la jalé y salimos corriendo por otra de las calles. Corrimos como locos, y mientras lo hacíamos nos empezamos a reír desaforadamente. Cuando nos dimos cuenta, ya habíamos regresado al parque enfrente de mi edificio. Así que paramos y nos tiramos sobre el pasto mientras seguíamos riendo. En todo ese tiempo yo no había soltado su mano, ni ella la intentó retirar. Pronto nos callamos. Nos quedamos en silencio, recostados, viendo hacia las estrellas por segunda ocasión en esa noche.

- *¿Me escuchaste desde tu departamento?* - Pregunté un poco intrigado.
- *No. Te escuché mientras estaba en la calle, no podía dormir y decidí a dar una vuelta*- Dicho eso, ya solo faltaba que me preguntara por qué la buscaba. Y ahí estaba la dificultad. No sabría qué contestarle. Sin embargo, no preguntó nada.

- *Tengo frío*- Mientras giraba su cabeza para verme.

Me levanté y nuevamente tomada de la mano la conduje hasta mi departamento. Entramos y prendí la luz, ella me hizo una seña por la que entendí que no deseaba luces prendidas. Luego sin decir nada buscó mi cuarto, se metió en él y se acostó en mi cama hecha un ovillo. Yo la seguí

y me acosté igual, viéndola a los ojos.

- *Buenas noches Luke*- Dijo quedo.
- *Buenas noches Analú*- Le contesté yo.

Tiempo seguido ella se durmió. Yo, por el contrario, me quedé mirándola, tratando de tatuarme en la memoria su rostro glorioso, para si fuera el caso de ya no verla más, sí tener un recuerdo claro como fotografía de ella. No sé cuánto tiempo estuve así, hasta que me venció el cansancio.

(Continuará...)

Capítulo 8

PARTE 8

Abrí los ojos. Estaba completamente obscuro.

En frente de mí, a pesar de la penumbra reinante, sabía que Analú dormía plácidamente a solo unos centímetros. Esa certeza me hizo suspirar tan profundamente, que yo mismo me sorprendí por el ruido que ocasionó esa espiración y el breve gemido que le siguió. Recordé, justo después de eso, a un locutor de radio que alguna vez escuché quien, entre canción y canción, se prodigaba con frases y rollos llenos de una cursilería tan empalagosa que solían darme la oportunidad de reirme a carcajadas, tanto por su voz un tanto meliflua como de sus discursos llenos de una chabacanería infinita. A él le escuché decir un día, que la felicidad era en realidad su búsqueda, y que su clímax, esas breves explosiones de euforia que lanzan pequeños latigazos de dopamina y serotonina a todo el cuerpo, era en realidad el aviso que había que empezar de nuevo.

Esa noche me di cuenta que no tenía idea de lo inmensamente feliz que podía ser, y por periodos tan prolongados.

Vi por encima de Analú y el reloj despertador estaba apagado. Afuera llovía copiosamente, por lo que no fue difícil suponer que la electricidad se había ido, lo que explicaba por qué estaba más obscuro que de costumbre.

Puse mis ojos sobre donde yo suponía estaban los ojos de Analú, al tiempo que, repentinamente, un relámpago destelló tan fuerte que iluminó el cuarto entero, como si fuera de día, regalándome así una instantánea espectacular de ella abrazando una almohada y con su rostro hermoso expuesto a mis ojos ávidos de Ella. El trueno que acompañaría a ese relámpago, se retrasó un poco más de lo normal, y aunque sabía que sería muy fuerte, nada me preparó para el estruendo que cimbró todo a mi alrededor. Justo cuando retumbó, oí el grito y como el cuerpo de Analú se fundía conmigo en un abrazo que a reserva de los muchos adjetivos que puedo darle, me limitaré a decir que fue inolvidable, absolutamente inolvidable.

- *No te asustes, llueve* - Le dije, abrazándola a su vez, tratando de actuar con absoluta naturalidad.
- *Les tengo pavor a los rayos*- Decía mientras yo sentía como temblaba su rostro pegado a mi pecho.

En este punto amigo, me veo obligado a aclararte que, aunque me considero un caballero, también te digo que no soy de palo, y que si fuera otra chica yo ya estaría planeando mi siguiente movimiento platónico…

¡Para echármela al plato! Pero… era Analú. Y lo único que me movía en ese instante, era la emoción tan grande de tenerla cerca, con el aire caliente de su respiración rebotando literalmente contra mi corazón. Un segundo relámpago y su correspondiente trueno reafirmaron nuestra posición, y ese fue el proemio de lo que se convirtió en una serenata larguísima de rayos y truenos, que casi duró una hora.

Nuevamente, en algún punto empezamos a reír casi frenéticamente. Analú, invariablemente, durante ese carnaval de relámpagos, cada vez que uno rasgaba los cielos con su dibujo caprichoso de luz, hacía que Ella se sacudiera, me apretara y luego riera compulsivamente, justo en ese orden. Y esta dinámica se repitió tantas veces, de manera que terminamos riendo como locos de continuo, abrazados como langostas… y yo digo que ambos felices.

Fue muy tentador dejarme llevar por ese instante sin decir nada, ni abrir los frentes que tenían que ser abiertos. Era muy fácil mantenerse en el tierno y cálido cobijo de su breve cuerpo, así, sin más. Sin embargo, yo arrastraba una tonelada de inquietudes, y creo que no iba a encontrar un mejor momento para desahogarlas todas. Yo estaba dispuesto a reventar esa burbuja de felicidad irracional, con tal de no prolongar mis incertidumbres. Así que, en medio de la obscuridad y tan juntos como se puede estar, en cuanto se abrió un remanso en medio de esa tormenta perfecta, tan atípica como oportuna, disparé primero.

- *Analú, yo creo que es necesario que hablemos*- Oí mi propia voz en ese silencio apabullante, sobre todo después de tan sonora demostración de la naturaleza.- *Hay evidentemente algo entre nosotros y yo quiero saber qué está pasando por tu cabeza. Yo ya no sé si te volveré a ver o no, y para serte muy sincero necesito pisar en tierra firme*…- No quise andar con rodeos.

- *¿Tú quieres seguirme viendo?* – Preguntó, todavía trémula.

- *Analú, no voy a esconder nada. No pienso hacerme el interesante, esto que tenemos tú y yo es todo menos normal. Yo no te estoy cortejando, te estoy reclamando para mí con todo lo que eso signifique. Y lo hago sin saber de ti prácticamente nada, y lo sé, me estoy exponiendo a perder y a perderte, pero tampoco creo que tenga que seguir guardando esto que cargo desde que te vi por primera vez*- Lo dije con tal elocuencia que me pareció escuchar su suspiro.

- *¿De verdad?* - Y su voz sonó tan dulce, tan feliz… tan ilusionada. No sé amigo, yo estaba en los cuernos de la luna.

- *Luke, yo tampoco quiero esconder nada... siento exactamente lo mismo que tú… Yo ya había renunciado a ti hoy ¿Recuerdas?… o, mejor dicho, ayer durante la noche. Pensé que mis problemas terminarían si tu decidías no ir detrás de mí. Y no lo hiciste, entonces pensé que así serían las cosas… y así estaba bien, yo ya no haría más nada. Estaba triste, muy triste. Pero, después me buscaste ¿Sabes? Gritando como un lunático a las 3 de la mañana con tu ridícula camiseta de Mickey Mouse…* - Y

empezamos a reír otra vez. ¡No recordaba que me había salido así!

Y Analú hablaba con mucho cuidado, seleccionando las palabras celosamente, y además poniendo especial empeño en su dicción, como si supiera que cualquier cosa dicha fuera de su lugar, podría ser interpretada de una u otra manera.

- *¿Problema? ¿Por qué tendrías un problema si iba detrás de ti?* - Su cara se quedó seria. Tal parece que se dio cuenta que se equivocó al escoger las palabras.

- *Ya sabes que yo tengo una historia con otra persona*…- Lo dijo sin cortapisas.

- *Bueno en ese caso me parece que tendrás que tomar una decisión*- Dije sin mayor miramiento.

Ella suspiró. A esa hora se asomaban tímidamente los primeros resplandores que ya anunciaban al nuevo día, y podía ver ya algunos detalles de su cara hermosa.

- *Luke te contaré todo. Te lo prometo. Pero déjame prolongo más este momento ¿Sí?... Quedémonos así, juntos, muy juntos…*- Y sentí sus brazos rodeando mi cintura.

No pude resistirme. Además, me estaba venciendo de nuevo el cansancio. Nuevamente me dejé llevar por la embriaguez de su olor, su calor. Nunca intenté besarla ni tocarla más allá del abrazo que nos tenía trenzados desde el primer trueno. Así permanecí en ese abrazo prolongado… y, en algún momento, nos volvimos a dormir…

(Continuará…)

Capítulo 9

PARTE 9

Cuando me desperté a las 8:05 Analú se había ido. En su lugar yacía Benito que me veía curioso, en tanto yo me restregaba los ojos después de una noche que definitivamente no fue típica. Me apresuré hacia la ventana de la sala, oteando desde el tercer piso por si alcanzaba a verla, a Ella, ya fuera en el parque, en las aceras o cruzando la calle. Tarde en entenderlo, pero había retornado al mismo punto en el que me encontraba anoche: sin saber dónde vivía o su teléfono. Nada.

A estas alturas, no sabía qué pensar o qué esperar de ella. Esta situación de incertidumbre me provocaba una gran tensión. Acostumbrado como estaba a administrar certezas, esto me sabía muy mal, sobre todo cuando lo primero que estaba en prenda era mi corazón, mi pensamiento, mi tranquilidad.

Y ahí estaba yo, nuevamente refiriéndome a mí y a mi situación presente como si estuviera en medio de una historia de Corín Tellado, de esas que leía mi madre y que, desvergonzadamente dejaba en cualquier parte de la casa, hasta que yo la encontraba y me la llevaba a escondidas a mi cuarto a mis doce años. Tratando de desentrañar la verdad de los personajes y sus vidas en un universo donde sólo parecen importar las cosas del corazón. Terreno desconocido para alguien que generalmente tiene el control de su entorno y, en ese entorno, nunca hay conflictos sentimentales, donde las relaciones de pareja son un asunto de bajísimo riesgo: un ganar-ganar seguro.

Hasta ese momento mi vida sentimental era muy simple, por no decir conveniente. Había tenido varias novias, con las que inicié una relación, la sostuve por algún tiempo y luego, por efecto de una curva decreciente en sus motivaciones iniciales, se terminaba de la manera más amigable, y punto.

Si amigo era muy frío, insensible si quieres, pero los problemas eran mínimos. Nunca, ni siquiera cerca, me pareció que se me fuera la vida en ello, lo que ahora parece ser, la mayor parte del tiempo, el sentimiento más abrumador en relación con Analú, Prácticamente asumí que si no la volvía a ver me consumiría por dentro. Esos pensamientos me hacían reir, a mí, el mismo que se mofaba de las historias ridículas y cursis de las telenovelas, tan llenas de frases huecas, con galanes afectados y heroínas que lloraban un río, sufridas y estoicas, preparadas para esperar por una eternidad al que se fue.

-0-

Me duché y ordené un poco el departamento. En eso estaba cuando sonó el timbre. Corrí hacía el interfono.

- *¿Hola?* - Dije sin dejar de desear con mis puños y mis ojos cerrados que fuera ella.

- *¿Ya desayunaste…?* – Preguntó del otro lado Analú. Mientras yo hacía toda clase de movimientos extravagantes a manera de celebración. Levantando los brazos como si hubiera terminado algún maratón.

- *No. ¿Por?* ...- Contesté haciéndome el interesante.

- *¡Ábreme ya tonto!... Si quieres desayunar*- Y yo prácticamente sentía el aire en mi cara... el aire en esa montaña rusa emocional desconocida hasta ahora por mí, y en la que ahora estaba en su parte más alta, cuando no hacía mucho me encontraba en la absoluta depresión.

Abrí la puerta como un niño que sabe que del otro lado le espera una gran pelota de colores. Ella estaba esplendorosa, igual se había duchado. Nuevamente sin una gota de maquillaje, su carita de niña linda, una blusa verde a cuadros, unos jeans y un perfume delicioso… frutal con reminiscencias de maderas finas, ¡claro amigo! Eso último lo pensé pero no lo dije ¡Imagínate lo que iba a pensar de mí si se lo digo! Yo había quedado embriagado con su aroma. Me dio un beso en la mejilla y se introdujo al departamento, y se dirigió sin mayor dilación a la cocina con una canasta de *picnic*.

Yo la seguí justo detrás, mientras mi mirada se resbalaba por su talle, su cintura, caderas y el trasero más lindo que haya visto. Ahí me tienes amigo, como una suerte de *Terminator*, llenando en mi memoria cibernética las lagunas y vacíos que mi memoria tenía de Analú. No lo vas a creer amigo, pero no solamente su vida era una incógnita, sino que incluso algunas partes de su cuerpo me eran desconocidas. Por ejemplo, no sabía cómo eran sus manos o sus pies, su nuca, su cuello…

Confirmé que su cabello era ondulado, largo y castaño claro, su cara hermosa me seguía recordando a Audrey Hepburn, pero con algunas diferencias. Su rostro era más angulado, sus ojos no tenían forma de avellana, eran más alargados y, por supuesto, intensamente verdes; y sus cejas no eran tan anchas. Era medianamente alta, delgada, del tipo atlético. Y definitivamente era muy femenina, pero también sus movimientos acusaban fuerza y tozudez. Su tez era blanca, su piel linda y joven, como ella. ¿Tendría algún defecto? Pensaba yo mareado de tanto embeleso.

- *¿Por qué te fuiste?* – Dije.

- *Bueno Luke, sabrás que mi vanidad no me iba a permitir que me vieras toda hinchada y despeinada. Además, tú no lo sabes Luke, pero amo cocinar, así que fui a mi depa a hacerte algo de desayunar ¿Estás listo…?* – Mientras empezaba a sacar cosas de la canasta.

Desayunamos mientras reíamos recordando la noche anterior. ¡Oh sí! Esto debía ser la felicidad, pensaba yo, tan lleno de ilusiones y con mariposas en el estómago. Estaba noqueado completamente por el amor. Por momentos recordaba que había algunos temas que tratar. Particularmente sobre el novio de Analú. Pero no quería en mi mente concederle gran importancia, ella simplemente hablaba con él y ya, ¿No? ¿Iban a casarse? Igual, Analú debía resolverlo, de una u otra manera. A menos claro está… que ella no estuviera convencida de hacerlo. A menos que conservara sentimientos por él. Y de pronto el estómago se me hacía un nudo y me empezaba a doler, una mezcla de celos y miedo: la sola idea de que no pudiéramos realmente estar juntos me lo descomponía todo.

En ese momento opté por no abrir ese tema pospuesto, decidí que ella decidiera cuando hablar de ello.

-0-

- *¿Quieres café?* - Me preguntaba sonriendo cuando terminamos el desayuno.

- *¿Sabes que ni mi madre ni nadie me atiende como lo has hecho tú?* – Y ella me miraba sobre el borde de su taza de café.

- *Bueno Luke, no juzgues todavía. Las chicas solemos ser de lo más lindas cuando conocemos a alguien*…- Dijo circunspecta mientras me alargaba una taza de café.

- *¿Es lo que estás haciendo? ¿Ser linda?* – Sin dejar de sonreírle.

Ella se río de pronto, y luego repuso - *¡A quién quiero engañar!... No, no estoy siendo solo linda. La verdad es que fui educada así. Digamos que estoy siendo linda, pero muy feliz de hacerlo…*- ¡Ah, magnífica respuesta! Pensé mientras seguía saboreando el café.

- *Fui la única hija de 4 hermanos. Dos hermanos mayores, Julio y Pedro, y uno menor, Sebastián. De manera que se me enseñó que como mujer debía estar atenta de mis hermanos y, por supuesto de mi padre*- Y se mordió ligeramente el labio inferior, un gesto que no le veía desde

aquella noche en el hospital.

- *Mis padres… mis padres murieron en un accidente hace ya 8 años…*- Se le nubló la vista y bajó la mirada.

- *¡Uf, que pena Analú!... que pena escuchar eso…*- Analú se quiso reponer pronto, limpio sus lágrimas con una servilleta.

- *Si, bueno, así es la vida. Mis padres eran buenos, mi padre era algo severo, mi madre toda dulzura…. Yo heredé la dulzura de mi madre…* – Dijo riendo – *Y julio, mi hermano mayor la severidad de mi padre…*- Y ya no dijo nada más, ni yo, nos quedamos en silencio.

Imposible saber en qué se quedó pensando ella, pero por su mirada me dio la impresión de que se había inmerso en sus pensamientos más guardados, quizá estaba tocando viejas heridas no cerradas del todo. Yo, por mi parte, tuve que concluir que estaba equivocado, que estaban errados mis razonamientos sobre cómo se tendría que resolver todo, no iba a ser fácil. Me di cuenta, que había una historia por conocer.

Y así nos quedamos un momento. Mismo que me pareció que era el preámbulo antes de conocer la película completa. Y de pronto tuve la extraña sensación de que me estaba metiendo en algo que marcaría mi futuro. Sentí un poco de miedo, miedo a lo desconocido, al brinco al vacío que estaba por dar. Y yo, siempre tan cerebral, me oí preguntándome ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?, y nunca lo dudé, ni por un segundo. Seguiría en esto hasta donde topara. Todavía una parte de mí en oposición, me señaló que no sabía nada de ella. Sin embargo, era tan débil esa resistencia, que no duró mucho antes de la aplastante reafirmación de mis sentimientos y convicciones.

- *Luke, mi familia no es una familia común. Mi familia es muy conocida en Guadalajara, por su poder, renombre social y por supuesto por su dinero. Somos una familia muy conservadora, y muy estricta en ciertos aspectos. No obstante que mis papás murieron, mis hermanos mayores se han encargado de mantener las cosas igual que siempre. Mi hermano Sebastián y yo siempre fuimos distintos, así que cuando digo "somos una familia", lo digo por comedimiento, aunque desde luego guardo muchas posiciones contrarias a mis hermanos. Los negocios de mi familia son muy variados: tequila y otros cultivos; ganadería tradicional y fiesta brava, autotransporte, restaurantes, tiendas de conveniencia, etc. Y como familia hemos tenido desde siempre una relación muy fuerte con la familia del Villar, otra familia muy poderosa y conocida de Guadalajara. Siendo muy joven yo, a mis 14 años, empecé un noviazgo con Julián del Villar*...- E hizo una pausa. mientras yo me preparaba mentalmente para enterarme de algo que no me agradaría tanto.

- ... *noviazgo que fue bendecido por nuestros padres, que con los años acordaron que nos casaríamos en un futuro. Yo no estaba en contra de ese compromiso en un principio, yo quería y quiero a Julián porque siempre fue una magnífica persona conmigo. Sin embargo, la gente madura, y yo maduré, de pronto descubrí que no me había gustado ser parte de un trato entre familias, no me gustaba que hubiera acordado sobre mi futuro. Así que cuando cumplí los 18 años, todos creyeron que había llegado la hora de casarnos. Yo me opuse, y les puse como condición que no me casaría hasta cumplir con mi sueño de estudiar medicina. Eso levantó una gran ámpula entre las familias, para mis padres y hermanos, era un asunto de honor que tenía que cumplirse. Un poco después de eso mis padres murieron en un accidente de carretera. Ese terrible suceso nos pasmó a todos y todo. Lo que de alguna manera hizo pasar a segundo término mi negativa, y así me pude venir a estudiar a México a pesar de la oposición de todos, incluido Julián. La escuela de medicina se convirtió para mí en un refugio y en un prolongado receso dentro de toda la tensión generada. Mi relación con Julián siempre ha sido buena, y yo estaba, hasta cierto punto, decidida a casarme con él en los términos acordados. Pero todo se complicó hace unos días que llegaste tú* …- Y en ese momento, mientras veía como se devaneaba Analú para explicar esa maraña de cosas que era su vida, entendí la gravedad de todo lo que estaba pasando.

- *Estoy en ese momento, en el que no sé qué hacer. No puedo explicármelo, pero te quiero y te necesito, la circunstancia que nos unió por más extraña y rara que sea, entre tú y yo hay algo demasiado fuerte, yo no sé llamarle Dios o destino, pero hay algo o alguien que nos ha querido unir y aquí estamos, pero tengo que resolver el problema, tengo que ir a Guadalajara a hablar con mis hermanos, sobre todo con Julio. Julio se ha convertido en la cabeza de la familia y él me había advertido en el pasado que sobre su cadáver no cumpliré la promesa de la familia. Hay muchos compromisos económicos de negocios con la familia del Villar, no va a ser nada fácil, probablemente tenga que llegar a extremos que no había considerado*- Y se detuvo para tomar aire.

Esto que sonaba a la clásica historia de telenovela, de pronto se me presentaba como un gran nudo por desanudar. Analú, mientras, parecía reflexionar sobre lo siguiente que me diría.

- *Todo lo que te he dicho de manera muy resumida, te lo cuento para saber que puedo esperar de ti. Y créeme, si decidieras dar un paso atrás ahora, no te lo criticaría. Esto es muy complicado para procesarlo así de rápido. Yo de cualquier manera iré a Guadalajara a finiquitar esto*…- Y la interrumpí.

- *Ana Sofía, no hay nada que pensar. Estoy contigo a muerte. Es un salto al vacío para mí, pues no te conozco, no sé quién eres, en qué crees, qué has hecho o dejado de hacer. Sólo sé que eres hermosa, que tienes*

un trasero lindo…- Y su reacción no se hizo esperar.

- *¡¿Qué?!*...- Con su cara entre divertida y enojada…

- *No me interrumpas. Si… te puede dar risa, pero hasta hace un rato he sabido cosas sobre tu cuerpo que no conocía… no te había visto antes con suficiente luz, como ahora lo hago… pero deja eso, no sé, te repito, quién eres… y aun así te quiero y te quiero conmigo para siempre, sin limitaciones, sin reservas.... Aunque no sepa si roncas, si tienes hongos en los pies o si eres bipolar*…- Ahora era ella la que me interrumpía.

- *¡Oye! ... ¡¿Qué te pasa?!...* - Y reía, con su cabeza echada hacia atrás, liberándose un poco de la fuerte confidencia hecha- … *¿Cómo te atreves?... primero me elevas luego me dejas caer ¡Claro que tengo mis defectos!... Puedo enojarme realmente, fumo, veo mucho futbol para ser mujer… soy un poco desordenada, me desvelo cada noche viendo películas, soy en exceso sensible… como mucho, hablo mucho… ¡Ah! Y te amo mucho*…- Y me veía con sus ojos grandes tan diferentes ahora a los de Audrey Hepburn.

Yo no pude evitarlo, me acerqué intempestivamente a ella la tomé de la cintura e hice por besarla… y ella se resistió… yo me quedé un poco desconcertado. Se zafó de mí y me dijo riendo…

- *¡Ah! Y no doy besos sin antes cepillarme la boca*…- Mientras me veía con sus ojos más verdes que nunca.

Después de eso nos quedamos congelados, viéndonos directamente a los ojos con cara de expectación, sabíamos lo que teníamos que hacer. Luego salimos corriendo. Yo al baño por mi cepillo, ella a su bolsa donde tenía su propio cepillo y pasta… nos volvimos a encontrar en el baño, mirándonos a través del espejo, y riendo con hilos de pasta que nos salían de las comisuras de las bocas… y la risa se hizo carcajada cuando nuestras cabezas se toparon ligeramente cuando nos acercamos al lavabo a enjuagarnos la pasta. Lo hicimos rápidamente, cuando terminamos nos quedamos de frente, quietos y serios… y así fue por unos segundos…

Déjame te digo algo amigo. Ese fue sin duda uno de los momentos más especiales de mi vida. Ese día, domingo según recuerdo, una semana justa después del rayo, tuve noción de lo que realmente era amar con locura a alguien. El romanticismo me pateó mi anti romántico trasero, y a partir de ese día vi todo diferente… bueno, pero no me adelanto… el caso es que nos fundimos en un gran beso con sabor a menta y eucalipto… un beso que fue todo… ternura, pasión, locura… ¡Todo! La culminación de un ansia contenida por un largo tiempo y la reafirmación de un sentimiento muy profundo… así sellamos nuestro compromiso... y sobre todo abrimos

la caja de Pandora…

(Continuará)

Capítulo 10

PARTE 10

Pues sí, ese beso fue un hito.

¿Me entiendes si te digo... ? Que, al menos para mí, fue la firma de un acuerdo, la cristalización de un nexo que ahí estaba desde antes y que sólo necesitaba cuajar... no sé por qué artes, ni por designios de quién, pero yo, sin duda ni reserva alguna, di un paso adelante… junto con ella.

Ella estaba visiblemente emocionada. Supongo que el sentimiento que le provocó nuestro primer beso, fue igual de poderoso que lo fue para mí. Aunque también tengo que conceder, que ella estaba ante un momento trascendental de su vida, el rompimiento de ciertas normas o reglas que habían sido una constante en su vida y, sobre todo, su oposición a un compromiso familiar muy serio, que la podría llevar a enfrentar a sus hermanos y a la familia de su todavía novio. No era fácil.

Tomé la palabra y dije mi parte.

- *Bueno, ya que has develado una parte de ti, creo que ahora me corresponde a mí , hacer lo propio, dime Analú... ¿Qué quieres saber? ...*- Y la emplacé con la mirada.
- *Háblame de tus padres… Vi a tu Mamá, pero no sé si tengas a tu Papá aun…*- Y terminaba de tomar su segunda taza de café.
- *Bueno. Esa está fácil. Mi padre se llama Orlando… Orlando Nuño. Es abogado fiscalista, tiene su despacho en Torreón donde vive mi familia completa. Digamos que le va bien. Somos una familia más o menos acomodada allá en Torreón. Es una magnífica persona, muy entregado a su familia, y a sus pasiones que son básicamente tres…* - Y preparaba mis dedos para reforzar mi dicho.

- *…Primero, es taurino hasta la pared de enfrente, así que entenderás que en estos tiempos que se habla de la desaparición de la fiesta, él se ha convertido en un fedayín a favor de su causa…*- Paré por un segundo cuando vi de reojo la reacción en la cara de Analú.

- *Yo creo que ese tema estará vedado con mi suegro… porque, a pesar de que mi familia tiene raíces e intereses muy fuertes en la fiesta brava… yo soy anti taurina y medio…*- Y torció simpáticamente su boca.

- *Pues mira, yo estoy en medio, digamos que ni me viene ni me va… pero sí, harías bien en evitar el tema con mi papá, puede ser de verdad muy intenso en sus argumentos… pero bueno, continuemos… ¿En qué me quedé? ¡Ah, sí! Su segunda pasión… esa es la pesca, todo tipo de pesca.*

Desde chicos nos llevaba a a pescar y nos terminó gustando . Y ya sea en el mar, en lago, laguna, río… donde sea, lo hemos hecho de todo... muy divertido. Él dice que si una familia no logra encontrar actividades qué compartir, qué hacer juntos, esa familia se puede desquebrajar con el tiempo

- … *Y por último… es un amante de cocinarnos los domingos. Es bastante bueno ¡Eh! Se organiza durante la semana, y si no hay salidas o compromisos, busca en internet recetas o hurga en los viejos recetarios de quien sea… arma un menú… encarga los ingredientes… aunque muchas veces el personalmente los compra… y así los domingos tenemos verdaderas comilonas, ya sea nosotros solos o con algunos invitados…*- Y la miré, para ver que más quería saber.

- *¿Hermanos, hermanas?* – Claro, la pregunta lógica.

- *Tengo 2 hermanas. Una casada, Alicia, que está a punto de tener su primer bebé, y mi hermana menor, Carmen, que está terminando prepa apenas… digamos que fue una bala perdida, casi 10 años después de mi…*- Nuevamente me detuve porque advertí que Analú no me oía, había empezado a sonar su teléfono.

Cariacontecida, vio la carátula del celular, me avisó con voz queda que era Julián del Villar, y que guardara silencio.

- *¿Hola mi amor?* ...- Justo ese instante, cuando oí como le contestaba se me descompuso la cara, ella se dio cuenta e inmediatamente puso cara de aflicción y corrió para abrazarme tiernamente, y al verla tan afectada por la situación, no me quedó más que expresarle con mi cara que no se preocupara, que no tenía importancia. Aunque me ardía la cara del coraje.

- *Estoy en casa de unos amigos ¿Y tú?... ¡Ah… estás aquí en la ciudad! ¿De verdad?* ...- Y nuevamente su cara era de preocupación -… *¿Comer? Claro que sí ¿A qué horas?* ...-

Mientras esto pasaba enfrente de mí, yo sentía que me subía como termómetro una mezcla de celos e ira. Sin embargo, sentía la obligación de no hacerle más pesado el momento a Analú.

Una vez que terminó su llamada, sentí su mirada pidiéndome perdón.

- *Te confieso que siento horrible, pero también no puedo asumir actitudes ridículas Analú, no te preocupes. Imagínate ¡Tenemos una semana de conocernos! Además me siento feliz, ¡Como si pudiera volar! … Entonces, lo único que te puedo decir es que comprendo perfecto que le contestes así, la costumbre debe ser muy fuerte, y que… me imagino que comerás con él en un rato…* - Dije muy convencido de mi pequeño discurso, aunque creo que mi cara expresaba otra cosa, porque Analú se

medio rio.

- *Te prometo Luke que no tardaré mucho. Pero necesito empezar a preparar el terreno para mi próximo viaje… Ahora no sé qué le voy a decir, si actúo como si no pasara nada, o si le adelanto algo… la verdad me ha sacado un poco de onda su viaje. Él no suele viajar mucho para acá… en 7 años debe ser esta la quinta o sexta vez que viene. Realmente es extraño*- Y se quedó pensando.

Cuando se hubo ido como a las 12:30, me quedé con una sensación de intranquilidad. Acrecentada esta por los celos y, por ahí escondido, mucho miedo, el miedo que algo pasara en ese inter. Uno no lo sabe, el corazón de la mujer es veleidoso… y un poco lunático. Además, la débil oposición que había dentro de mí, ya sabes amigo, el viejo Luke con sus ideas, queriendo emerger para convencerme… ¿Sí me sigues amigo?... no quiero confundirte… ¡Yo soy el nuevo Luke!... en fin, me llenaba mi viejo yo de preguntas sobre la conveniencia de estar metido hasta la cocina en un asunto semejante, cuando sólo habían pasado unos cuantos días. Gritándome que estaba quemando mis naves de manera absurda ante una perspectiva que no arrojaba más que dudas. Sólo una promesa linda, pero sólo eso.

Y claro que tenía sentido todo eso que me espetaba mi viejo yo, sobre todo porque he sido una persona que permanentemente ha buscado a la hora de tomar decisiones el *ganar-ganar* en todo lo que hago, porque no tomo riesgos y decido siempre con la cabeza fría, como si en el *Montessori* al que fui de niño me hubieran enseñado el ABC del rollo interminable de la inteligencia emocional. En esta circunstancia, en ese problema que se presentaba la solución era salir corriendo por piernas, ni más ni menos, el riesgo era enorme, un área gris inmensa de información desconocida que no me daban prácticamente ninguna certeza.

Pero soy un nuevo yo, un Luke distinto, un Luke que murió solo para darse un pequeño paseo por la inmortalidad, para luego regresar jalado como un papalote al viento, por el llanto de una mujer que desde que me vio no ha querido despegarse de mí. Una mujer que abogó por mi vida, que le debo mi vida y ahora se lo quiero pagar… con mi vida. ¿De verdad suena tan dramático? ¿Tan ilógico… tan irracional? ¿Hay alguna regla universal que diga que tienen que pasar determinados días, semanas, meses o años para decidir con quién quiere gastar uno su vida?

Una vida sin certezas, es una vida en la que buscas denodadamente las respuestas, aun y cuando no tengas las preguntas. Es una travesía con todo el velamen desplegado, buscando el viento en popa y con mil tormentas en el horizonte. Pero quiero creer que vale la pena, porque lo único que sí es dable decir es que si triunfas lo ganas todo, como quebrar la casa en las Vegas. Y a eso apunto ahora, a perseguir la felicidad como un loco, sin limitaciones, sin reservas, con toda la pasión, con todo lo que

uno tiene por poner. Por eso es que he decidido apostar todo mi capital en ella, en la tierra prometida que me ha mostrado en pequeños atisbos, y que, habiéndola visto, ya no puedo aspirar a menos, no debo aspirar a menos.

Y si amigo mío, parece que esta vez sí noqueé al viejo Luke, que se quedó callado. Ahora el de las dudas era él.

Después de un tiempo decidí acostarme un momento para recuperar el sueño que me había faltado la noche anterior, la mejor noche sin duda que he pasado. Pero además, sentí que dormido podría lidiar mejor con esa intensa y noble emoción de extrañarla permanentemente. Tal pareciera que un gigantesco espacio vital justo a mi lado se hubiera deslizado hacia abajo para desaparecer. Así de impactante era su ausencia en mi realidad. Yo estaba segurísimo que con el tiempo todas esas sensaciones tan sublimadas tendrían que ceder, tarde o temprano, pero una cosa si te digo amigo, el extrañarla así es algo que nunca cedió.

Y me dormí. Desperté a las cinco de la tarde, sin hambre y con una tristeza insondable porque sabía que no podía estar sin ella, al menos no tanto tiempo. Pensé salir a correr, pero recordé la sugerencia médica de que no hiciera grandes esfuerzos físicos en las primeras semanas. Me volví a duchar, comí algo y me metí a la cama. Todo ese tiempo esperé como un tonto un *WhatsApp* de su parte, hasta que caí en cuenta que seguíamos sin tener nuestros teléfonos y mucho menos chats y redes sociales. ¡Que torpe!

Y así, otra vez me dormí, con ese agujero en el estómago.

Pasadas las once, seguía yo dormitando, cuando presentí la proximidad y el olor de Analú… sonreí para mis adentros, ¡Que dulce sueño! Y de pronto todo el amargor con el que me había ido a dormir, me era recompensado con ese arrullo a mis sentidos. E instintivamente hice por abrazar a mi costado derecho, y otra vez reviví ese contacto tibio y breve, y fue tan vívido… tan real… tan…

- *¿Despertaste?* ...- oí de repente.

Y yo, ubicado exactamente entre la delgada línea de lo onírico y la realidad, me fui de bruces, figurativamente hablando, del lado de la realidad, y grité cuando abrí los ojos y comprobé que efectivamente alguien estaba junto a mí. Fue tan rápida mi reacción que me caí de la cama, quedando boca arriba. Al mismo tiempo se prendió la luz y vi que se asomó Analú mirándome hacia abajo. Su expresión era un tanto indescifrable, un poco asustada, otro poco apenada y definitivamente divertida. Yo, por lo tanto, no supe si enojarme, alegrarme o qué.

- *¡Eres una stalker…!* – Le dije - *¡Eres una acechadora!*... – Mientras veía que se mordía su labio inferior.
- *¡Nooooo Lukito, perdón! ... ¡Perdóname mi amor!* - Y de pronto vi que se le humedecieron un poco los ojos. Yo me alarmé, pues no quería hacerla llorar… lo que quería era terminar de despertar.

Así que me levanté rápido sobre mis rodillas para abrazarla ahí donde estaba, al borde de la cama… y la abracé… y me descubrí diciéndole cualquier cantidad de cariños… todo tan surrealista… pues como ya te platiqué amigo, soy muy poco cariñoso… salvo con mi hermana Carmen… y ahora con Analú.

- *Pero ¿cómo es que entraste? Me asustaste ¡Tienes que dejar de asustarme así!*- Solte riendo, y ella río, y entonces me brilló otra vez la vida.
- *¡Fue una travesura! Cuando me fui hoy muy temprano pensé regresar y darte desayuno, y para no despertarte si estabas dormido tomé tu llave. Pero en lugar de eso regresé y te llamé por el interfono. La verdad olvidé decírtelo y devolverte la llave. Así que hoy, ya estando en mi departamento, te extrañaba tanto que no aguanté más y me vine… desde luego te hubiera hablado por teléfono, pero pues no lo tengo… y usé la llave, comprobé que estabas dormido y me acosté a tu lado. Y no ¡No soy ninguna acechadora!... Pero últimamente he estado haciendo cosas que jamás había hecho. Si mi Mamá viviera y supiera que dormí toda la noche en la cama de un hombre ¡Se infarta!* – Y vi su carita asustada imaginándose todo y me reí.

- *¿No me crees, ¿verdad?... Luke, no te imaginas… Ya sé que soy toda una doctora, pero te sorprendería saber que no he tenido más novio que Julián… tú eres el segundo hombre que beso en mi vida… y no, jamás había dormido con otro hombre…*- Y bajó su mirada, apenada, y yo no supe que entender por eso, y claramente mi cara expresó mi desconcierto, y fue cuando ella repuso, ahora sí, con evidente candor - … *Y no he dormido con otro hombre en… cualquier sentido… que lo entiendas* …- ¿Podrá esta mujer alguna vez dejarme de sorprender? Pensaba yo, sin embargo, no quise continuar la plática por ese sendero, pues era notorio que le incomodaba. Simplemente la seguí abrazando.

- *¿Y cómo te fue?* ...- Le pregunté finalmente.
- *No muy bien… me animé a decirle que no me quiero casar, que quiero ejercer mi profesión… que no quiero regresar por lo pronto a Guadalajara. Él lo tomó muy mal. Realmente se puso mal… lloró y me pidió considerar… me preguntó si existía otro hombre, yo preferí decirle que no… por cierto*…- Repuso en lo que se limpiaba un par de lágrimas que le brotaron -… *Yo considero que mi familia y la de Julián no liguen esta decisión con la existencia de otra persona, es decir ... contigo… ¿Te parece?*...- Y me miraba esperando mi respuesta.
- *Desde luego*…- Y de verdad estuve de acuerdo, lo contrario era

complicar demasiado su situación - *Solo te pido un favor*...- Le lancé.

- *Lo que quieras*...- Me contestó intrigada.

- *Que nunca me digas "Mi amor"... ¿Si? ¿Puedes?*...- Y no sabía si eso la podía ofender de alguna manera.

- *Cuenta con eso Luke, ya te avisaré quién serás.*...- Y se rió.

Luego me preguntó de improviso - *¿No tienes hambre? ¿Te hago algo de cenar?* – Y yo, claro que tenía hambre, pero eso no era todo, estaba subyugado por sus atenciones y detalles. Sobre todo porque veía cómo se iba delineando el pequeño círculo que ocuparíamos como "nosotros".

Y ahí estaba yo, sentado en la mesa mientras la veía cocinar, elegante y magnífica con el vestido y los zapatos de tacón con los que había salido a comer… aun maquillada y con su pelo recogido, y aunque las lágrimas la habían sorprendido hacía un momento, se veía como la princesa que era…

Así estuvimos hasta tarde, intimando como los novios que ya éramos.

Al final, la llevé a su casa, quedando de vernos al día siguiente, en que yo regresaría a mi trabajo, y ella abordaría el último avión del día a Guadalajara…

(Continuará…)

Capítulo 11

PARTE 11

Me desperté ese lunes a las 6:30.

Traté de iniciar mi rutina, previo a irme a la oficina… pero no pude. Solo deambulaba y suspiraba a cada rato. Estaba intranquilo, me acompañaba como lapa esa sensación de que había un número infinito de hilos sueltos que debían de estar amarrados, so pena de padecer un gran trastorno. No dejaba de pensar que vivía en la absoluta virtualidad, tenía una gran ilusión… sí, todo parecía sonreírnos, pero no era nada que pudiera asirse, sujetarse, amarrarse.

Me provocaba gran desazón no tener a Analú conmigo… o, mejor dicho, no poder estar con ella con la libertad y frecuencia que yo quisiera. Y por si eso fuera poco, me tensaba sobremanera lo qué podría a pasar en Guadalajara… realmente me estaba afectando tanta indefinición. Al parecer mi sangre fría se había ido por un resumidero, y ahora estaba en ascuas ante una serie de eventos futuros e inciertos, sobre los que no tenía ningún control, y en ese lance iba, irremediablemente, mi corazón en prenda.

Mientras tanto, me urgía enchufarme de nueva cuenta al mundo y a la realidad, tenía que regresar a mi vida laboral en cuanto antes, en la oficina me esperaban un par de proyectos que ya me estaban sorbiendo el seso desde antes de que, literalmente, me convirtiera en un pararrayos humano y, como recompensa divina, me encontrara tan frontal y brutalmente con el amor. Poco tiempo, realmente poco tiempo, había dedicado a mis responsabilidades en esta última semana, había dejado de hacer pagos y cumplir con ciertas obligaciones. Me era imperativo regresar a la normalidad.

Pero ese retorno a la normalidad no me estaba resultando nada fácil. No te lo imaginas amigo, pero si intentaba ocuparme en mi cabeza de algún otro asunto ajeno a Analú, ese pensamiento pronto era atrapado como un galeón abrazado por los tentáculos de un gigantesco *Kraken* salido del fondo del mar. Era absurdo, pero al mismo tiempo me rebozaba de gozo esa condición emocional tan sublimada, tan fuera de sí. Mi mente parecía funcionar distinto y conforme a otros códigos, dando cabida a ideas y sentimientos que hasta ese momento resultaban desconocidos, totalmente discordes y ajenos al materialismo y conveniencia que reinaba antes en mi mundo.

Deja que te ponga un ejemplo, porque seguramente te estoy volviendo a confundir. Figúrate que, sin darme cuenta, reflexionando acerca de mi extra sensibilidad, y sobre las hondas emociones que ahora cargaba en mi

pecho después de la aparición de Analú en mi vida; súbitamente, habían venido a mi memoria algunos textos de poesías que mal recordaba de mis clases de prepa… ¿Me estás escuchando?... ¡Sí!... ¡Poesías! Poesías, para las que siempre tuve dispuesta, cuando era un imberbe, una sonrisa retorcida y el comentario más cínico y mordaz. Pero eso no es nada, en medio de esas cavilaciones, de improviso, en mis adentros… la poesía… todos esos versos tan trabajados, que describían amores entrañables y muchas veces estoicos… iban adquiriendo sentido para mí… me embargaba una insólita comprensión por los poetas en su permanente necesidad de describir de alguna manera, eso tan grande, tan extraordinario, tan maravilloso… que es el amor… ¡Lo sé amigo!... ¡No dejo de sorprenderme de lo que digo! ¡Qué carajos tendría yo que estar comulgando con la poesía y los poetas!... Sin embargo, lo hacía... y me gustaba… de alguna manera sabía que mis horizontes se expandían, que se ensanchaba mi empatía hacia el mundo en general. En fin, fue después de este espasmo mañanero de ternura, pasión y … poesía… que terminé marchándome a trabajar.

Lo último que hice antes de salir a la calle, fue enviarle un mensaje.

{- *Que tengas el mejor de los días!* -}

A ella le llegaría como un mensaje de su amiga Susy, así lo acordamos, no queríamos dejar cabos sueltos ahora que estuviéramos lejos, pero tampoco pretendíamos perder el contacto. De hecho, había quedado con ella que nos veríamos entre 6 y 6:30 de la tarde, antes de que se fuera, incluso, aunque no lo hablamos, yo estaba deseando llevarla hasta el aeropuerto.

-0-

Ya de regreso a mi trabajo y después de un recibimiento solidario y cariñoso de mis compañeros, y de un par de reuniones con mis jefes, me recluí en mi despacho esforzándome para involucrarme nuevamente con mis labores. Ese esfuerzo duró exactamente… dos segundos… había recibido de regreso un mensaje de Analú.

{- *Gracias Susy, igual para ti. Me he estado acordando mucho de ti, beso y abrazo* -}

Mientras intentaba tirarme un profundo clavado en mi chamba, empecé a observar el reloj de vez en vez, pensando infantilmente que eso obligaría a las manecillas para que giraran más rápido. Esto que, desde luego, era ridículo, produjo el efecto contrario, a mis ojos el tiempo se hizo terriblemente lento. En mi imaginación un reloj daliniano se iba estirando hasta hacerse interminable, al grado de llegar a la

desesperanza.

A la hora de la comida preferí no salir para avanzar un poco en lo que no había logrado comenzar. Nuevamente, a las cuatro de la tarde tuve una reunión con los jefes sobre mis dos proyectos en marcha, y sobre otros proyectos para el siguiente año. Pero no terminamos, mi jefe inmediato me dijo lo agradecidos que estaban con el hecho de que me hubiera presentado a trabajar tan pronto después de mi accidente. Pero que me habían estado observando, y advertían que seguía todavía inquieto y distraído, así que consideraban que debía tomarme toda la semana. Yo no lo acepté, y no fue por mi celo profesional, simplemente sabía que lo que necesitaba de verdad era ocuparme de algo y no ensimismarme con mi situación presente. Acordamos entonces que me tomaría solo un par de días más. Salí de esa reunión con intención de irme de inmediato a recoger a Analú.

La llamada fatídica me llegó a las cinco de la tarde, todavía me alcanzó en mi oficina, justo cuando cerraba la puerta para retirarme.

- *Hola ¿Cómo estás?* - Era Ella, su voz era seria.
- *Bien… ¿Y tú?... ¿Cómo estás tú?* ...- Esperando saber la mala noticia que deduje por su falta de entusiasmo.
- *Pues no… no estoy bien…* - Me dijo de inmediato - *La verdad es que no vamos a poder vernos hoy en la tarde*…- Sonaba triste.
- *¿Por qué?* – Pregunté, mientras esperaba lo peor, y mientras me ardía el alma.
- *Julián me avisó que se regresa en el vuelo conmigo… entonces viene por mí y nos vamos juntos al aeropuerto… lo siento mucho, no era mi idea… yo de verdad necesitaba verte hoy*...- Cuando terminó, respiré tranquilo. En mi mente febril me imaginaba que me diría que se había dado cuenta que todo lo nuestro era una tontería… o alguna cosa parecida.
- *Yo también necesito muchísimo verte hoy… no me puedo concentrar, no dejo de pensar en ti Analú… pero también creo que debemos ser consecuentes con la situación*- En ese momento sentí que tenía que apoyarla y no profundizar más en su contrariedad.
- *La verdad no tuve razón alguna para decirle que no, así que tendré que estar con él casi 4 horas. Seguramente me va a cuestionar respecto a todo, probablemente me va a insistir que nos casemos, no creo estar preparada para afrontar su andanada de preguntas*…- En ese momento pensé que lloraría, pero no lo hizo.

- *Ánimo, no te preocupes todo saldrá bien... estoy pensando en ti permanentemente*- Terminé diciéndole.

-0-

Conduje hasta mi departamento, llegué al edificio y estaba a punto de meter el coche al estacionamiento, cuando en algún punto frené y me eché de reversa… decidí que quería ir al aeropuerto solo para verla, y que se sintiera acompañada, aunque sea de lejos.

No dejé de pensar en ese trayecto que, el hecho de ir a verla hasta el aeropuerto era un buen ejemplo de algo que jamás hubiera hecho, ni por error… antes del rayo. Una acción irreflexiva, que quizá le podría causar alguna preocupación o molestia a ella, aun así, sin pensarlo ya iba a medio camino, con el plan más infantil de todos, estar ahí para que me viera y supiera, o mejor dicho que recordara, con quién era el compromiso.

Llegué un poco temprano para averiguar que 6 aerolíneas volaban a Guadalajara en esa tarde noche. Así fue que empezó un carnaval de mensajes por el celular.

{- *¿En qué vuelo y a qué hora te vas?* -}
…
{- *4534 AeroStar, 8:35 PM por??!!*-}
…
{- *Solo por saber! :)* -}
…
{- *Ok ;)* -}

Una vez que tuve esa información reflexioné por un momento y me di cuenta que lo único que iba a lograr, es ver pasar a Analú hacia las salas de abordar por unos segundos, y que lo más probable es que ella no me viera a mí. A menos que le advirtiera con un mensaje... pero entonces con eso la podría preocupar o poner nerviosa. Tiempo seguido, me enojé conmigo, ¿Hasta cuándo iba a ser cautivo de estos arrebatos? ¿No podía simplemente esperar a que las cosas pasen? ¿Qué hago yo en esa ridícula posición entre la muchedumbre para ver a mi novia virtual por unos segundos entre cientos de personas? Me detuve, respiré hondo y luego me di media vuelta, dirigiéndome a pagar mi boleto de estacionamiento… para irme.

Si conoces el aeropuerto amigo, sabrás que son grandes distancias para ir de un lado a otro. Pues bien, en ese largo recorrido debatía en mi cabeza, conmigo mismo, sobre toda esa situación y lo que debería de hacer. Al llegar a la máquina para pagar el estacionamiento… nuevamente me detuve, recargué lentamente mi cabeza sobre esta, y de lo más hondo de mi salió una maldición que afortunadamente nadie escuchó. Me di la vuelta, me quité la corbata, la guardé en la bolsa delantera de mi saco, me alisé el cabello y me regresé a las salas del aeropuerto.

Llegué al mostrador de *AeroStar* y pedí un boleto para el vuelo 4534 de las 8:35 PM a Guadalajara. Luego, pasé el área de identificación e

inspección, me quité el cinto, los zapatos, y finalmente, cuando fui liberado, me senté en la sala de espera designada.

Si amigo, no es broma, yo, Mr. Correcto, Mr. Mente fría, Mr. Racional… estaba empezando un juego totalmente desconocido y peligroso, excitante… definitivamente, pero el fuego con el que hacía malabares, cada vez estaba más cerca. No tenía idea de lo que iba a hacer. ¿Solo verla? ¿Hablarle… hacerle señas? Otra vez venía esa sensación que ya parecía una constante en mi desde la loca semana de mi muerte y mi regreso de ella. La idea de no saber a ciencia cierta qué es lo que va a pasar en el siguiente minuto, lo incierto como regla, el corazón y las tripas por delantes, antes que el cerebro.

Ahí me aposté, como un guardia vigilando a las personas que abordarían ese avión. La señora gorda del vestido rosa; el señor elegante, aunque ligeramente encorvado; la mujer atractiva de gran escote, caderas anchas y piernas flacas; los tres niños con camisetas de superhéroes y sus papás peleando entre sí; el anciano y el Ipad; la pareja joven y enamorada; la pareja desigual, él de 50 y ella no más de 25; el calvo de gran barba y la revista Paris Match en francés; el gordito con una terrible comezón en la ingle; y así seguía, mientras yo no atinaba a saber qué es lo que pasaría en los próximos minutos.

Y llegó Analú. La distinguí a lo lejos como una paloma entre miles de cuervos. Su belleza era real, no era una sugestión del amor veleidoso que me tenía postrado. Caminaba en dirección hacia donde yo estaba sentado, con el saco en las rodillas y en mangas de camisa. Ella volaba informal, chamarra miel corta de piel, jeans y botas altas. Su cabello lo traía con una colita con la que yo me fascinaba pues me hacía pensar en ella de niña. Nuevamente cero maquillaje, con su cara lavada que me recordaba indefectiblemente a una Audrey Hepburn de grandes e intensos ojos verdes.

No había reparado todavía en quién la acompañaba. Un joven de no más de 30 años, alto, delgado, rubio, a mi entender un buen mozo. Era notable que caminaba con mucho empuje, seguramente el que le confería el dinero. Vestía muy bien, informal pero con ropa de marca, zapatos italianos y un reloj Rolex de oro que sobresalía por debajo de la manga de su camisa de lino color avena.

Estaban a 10 metros de donde yo estaba, Analú no me había visto. Él le señaló dos sillones vacíos… justo enfrente de mí. Caminaron y se sentaron enfrente de mí, él revisaba su celular. Ella… ya me había descubierto, con ojos de plato, tan grandes como su asombro, tan bellos como siempre. Mientras la veía fijamente, tomé mi celular y le textee.

{- *Perdóname soy muy tonta!* -}
…

{- *¿¿¿Qué haces??? -}*
…
{- *No pude evitarlo! tenía que ir a verle! -}*
…
{- *Pagaste un boleto solo… para verlo? -}*
…
{- *Haría lo que fuera solo para verlo -}*
…
{- *Estás muy loca Susy! -}*
…
{- *Y no has visto nada! -}*

Después se abrió un silencio en el texteo. Ahora nos veíamos a los ojos. Y luego ella me regaló una sonrisa que luego fue correspondida con una mía. Estábamos tan cerca que oí como el tal Julián le preguntaba con quién se estaba mensajeando, y alcancé a ver el brillo en sus ojos cuando con una sonrisa le mostró la carátula de su celular y dijo – ... *Con mi amiga Susy*- Y luego él regresó a lo suyo sin darle alguna importancia.

Ella tomó su celular y texteó.

{- *Te vi muy guapa* ;) -}
…
{- *No me juzgues loca, pero no puedo ya estar sin él! -}*
…
{- *Yo estoy segura que él piensa igual :) -}*

Repentinamente, fuimos sustraídos de la extraña conversación que sosteníamos, debido al aviso del sonido local "… *Atención. Pasajeras y pasajeros del vuelo 4534 de AeroStar con destino a la ciudad de Guadalajara favor de pasar y abordar, en el orden que les será indicado* …". Ambos coincidimos con la mirada después de eso, ya no sonreíamos. Yo permanecí sentado mientras observaba como Julián del Villar se levantaba como un resorte y le daba la mano a Analú para que hiciera lo mismo. Luego, a no más cinco metros de mí, vi como le pasó el brazo por la cintura y la llevo todo el camino hacia la fila de abordar. A la distancia veía como se alejaba, y como intentó voltear a verme, un par de veces, pero el tumulto se lo impidió…

(Continuara…)

Capítulo 12

PARTE 12

… Y mientras tanto, yo seguía sentado donde mismo, observando hacia la larga fila que esperaba abordar y en la que, a unos 20 metros de mí, podía ver a Analú.

Y en ese *inter* de 10 o 12 minutos, me obsequié de nuevo la oportunidad de verla a la distancia con absoluta libertad.

Primero sonreí, ¡de verdad que era un catálogo ambulante de gestos! Tantos, que yo ya había perdido la cuenta ¿Habrá un día que los alcance a conocer todos? El más constante era ese de recogerse el mechón de cabello que solía cruzarle la cara para pasarlo detrás de su oreja cuando conversaba, lo hacía incontables veces y se cansaba de hacerlo ni yo de observarla. El primero que le conocí fue aquel de la pequeña mordida a su labio inferior, cuando algo le preocupa. Sin olvidar mi preferido, cuando Ella reía, en la mayoría de las ocasiones, echaba ligeramente la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos. Me encantaba especialmente, cuando armaba una celebración de la nada.

Ahora ocupaban mi atención los suaves movimientos de sus manos, su caminar absolutamente femenino y su cuerpo elegante y esbelto. Si me lo preguntas, podría estarme así horas y horas, sonriéndole a la distancia a ese, mi objeto de veneración y el centro de todas mis ternuras, aquellas que nunca hubiera sido posible imaginarse dentro del muy reducido repertorio de afectos del viejo Luke.

Durante este festín de mis sentidos, perfecto distinguí todos sus esfuerzos por verme de soslayo, quizá lanzarme una sonrisa disfrazada de mueca, lo que sea. Y yo se lo agradecí.

Se anunció finalmente el abordaje, y seguí con la mirada como se iba acortando la fila, hasta desaparecer completamente. La sala se quedó momentáneamente sola, y yo seguía ahí, observando muy concentrado el diseño infinito de cuadros y rombos de la alfombra, mientras por dentro lidiaba con la terrible soledad que ya me avasallaba… era la ausencia real de Ana Sofía. Pensé… si tan solo me hubiera quedado con un poco de su perfume para abrazarla en el aire…

Todos esos pensamientos amigo pasaban por mí como electricidad, me dolían, pero me hacían sentir vivo como nunca lo estuve. Y de pronto quería llorar, pero antes que eso me reía, y me reía porque no podía creer ni entender esta cascada apabullante de sentimientos que me provocaba la partida de mi Analú. ¡Que sensación tan extraña! … estaba terriblemente triste, pero al mismo tiempo estaba feliz porque tuve noción

por primera vez que, aunque se estaba alejando físicamente de mí, era mía por completo ¡Que enredo…! Pero sí, ¡Era mía!... Suficientes demostraciones había recibido ya, de esa verdad, y entonces sentí la urgente necesidad de expresar mi gozo haciendo algo físico, superlativo, mayúsculo, vigoroso … y ante imposibilidad de brincar y gritar estentóreamente, lo único que se me ocurrió fue levantar los brazos enérgicamente como si hubiera anotado un gol, y en esa posición extraña me encontraba cuando, inopinadamente, fui interrumpido.

- *¿Señor…?* – Esa voz me bajó de la nube en la que mis sentidos festejaban las ondas expansivas de una felicidad que se ofrecía pletórica y al alcance de mi mano. Levanté la mirada, no sin cierta pena por el embarazoso momento en que mis brazos todavía seguían arriba.
- *¿No va a abordar el avión señor?* – El pobre empleado se veía realmente preocupado.
- *¿Avión…? No… ¿Por?* - Balbucee como si fuera un párvulo que no se supo la respuesta.

Nuevamente el empleado volvió a la carga, solo que en esta ocasión fue más lejos. Acercó su mano y apuntó con su dedo el pase de abordar que guindaba doblado sobre la bolsa frontal de mi camisa.

- *Señor su boleto*… - Y me miraba con la consideración que lo haría con una persona disminuida de sus facultades.
- *¡Ah!... No, yo no*… - Y mientras el pobre hombre me veía sumamente extrañado, yo me preguntaba cómo era que tenía que darle explicaciones, sobre todo, acerca de por qué gastar un par de miles de pesos solamente para estar cerca de alguien por unos minutos. Seguramente no lo entendería, y además, sería como un insulto, pues estoy seguro que ese costo equivaldría a una semana de su sueldo.
- *Pero, si ya tiene el boleto ¿Por qué no viajar?*... – Arremetió, cruzando la línea del comedimiento y la prudencia, aunque con una lógica inmaculada. Y sus ojos que casi me rogaban, mientras el sonido de la sala insistía: "*Atención, señor Luis Nuño, este es el último aviso para que aborde el vuelo 4534 con destino a la ciudad de Guadalajara. Favor de pasar a abordar. Último aviso*…".

Fue hasta ese instante cuando supe qué hacer. Corrí como gamo hasta el mostrador y anuncié mi presencia, presenté mi identificación y en un santiamén me abalancé por el gusano para entrar a la aeronave, donde me recibieron dos aeromozas con las caras largas debido a mi retraso. Luego. caminé por el pasillo buscando la cara gloriosa que me tenía haciendo locuras a toda hora. Y en esta comedia loca que se había convertido mi vida en poco más de una semana, me volvía a sorprender con sus sorpresas. Mi lugar estaba junto al pasillo y justo atrás de ella, en la hilera de la derecha. Cuando me acerque, Analú leía una revista, así que de manera natural levantó la mirada y ahí me descubrió. No supe interpretar su mirada al pasar, una mezcla entre sorprendida, divertida, y

por ahí quizá una sombra de temor. Me senté atrás de ella. Julián que estaba junto a ella hablaba por celular.

Apenas estaba empezando a fijarme el cinturón de seguridad, cuando me sentí la vibración de mi celular: era un mensaje.

{- ¿¿¿¿¿????? -} Analú estaba impactada.

…

{- Qué te cuento? Que ya no soy dueño de mi voluntad? :) -} De alguna forma me quería justificar, era inevitable sentirme un poco locuaz y torpe. Y realmente me dolería saber si ella no estaba en la misma frecuencia.

…

{- Ahora tú eres un stalker -} No supe si esto tenía que tomarlo como broma.

…

{- Qué es lo que realmente piensas de esto que hago? -} Y con esta pregunta Analú se tomó un poco más de tiempo, alargando así mi ansiedad.

…

{- Lo único que puedo decir es estoy muy emocionada por ti :) -} Esa respuesta me hizo sentir mucho mejor.

…

{- Creo que todavía puedo bajarme -} Sin embargo, sentí la obligación de darle una opción, solamente ella sabía el terreno donde me estaba metiendo.

…

{- No!!!!!!!!!!!!!! -} Otra vez, esa reacción fue todo un alivio.

En ese momento, el capitán del avión anunciaba ya el despegue del avión, y la suspensión de todos los equipos electrónicos a bordo, así que le mandé un último mensaje.

{- BORRA DESPUÉS DE LEER, son las 8:30, te veo a las 9:00 en el baño, me tocas la puerta ;) }

…

{- ¿¿¿¿¿¿¿??????? -} ¡Pero no me daba un sí o un no!

…

{- :) }

…

{- :) OK -} Mi corazón empezó a retumbar de la emoción contenida del próximo contacto.

…

{- Bye }

…

{- Hasta el rato }

Estaba yo tan emocionado que no me di cuenta del despegue y mucho menos de todo el protocolo previo y todo lo que le sigue. Apagaron la luz, pero yo permanecía totalmente alerta. Así que oí perfecto cuando Julián empezó a hablarle quedo y al oído a Analú. Por un momento no supe qué hacer. Hasta que concluí que era mi deber respetar a Analú y a esa persona que, bien que mal, fue su novio por más de 10 años. Así que decidí no hacer nada por oír una conversación privada y absolutamente ajena a mí. Pero, a pesar de esa decisión, sobre la que estaba totalmente convencido, me empezaron a llegar con total nitidez las palabras de uno y otro.

- *¡No es eso Julián! Tienes que reconocer que cuando nuestros padres quedaron de acuerdo con nuestro matrimonio, yo apenas tenía 17 años, y claro que accedí porque la verdad sí me ilusionaba. Tú sabes que siempre te quise mucho. Pero ahora tengo 26 años, soy una profesionista, un médico internista, y mi visión de las cosas ha cambiado mucho. Quiero recorrer mundo, quiero trabajar, quiero seguirme preparando, quizá irme a estudiar a otro país para hacer una subespecialidad. Son muchas cosas las que quisiera hacer antes de dar un paso tan serio*.

- *Pero es que no te entiendo Analú. Todo eso lo puedes hacer estando casada, al menos yo no pienso ser un obstáculo para ti…*

- *Julián, eso no es real.*

- *¡Al menos sigamos siendo novios Analú!... ¿Por qué debemos terminar?*

- *Julián, además que necesito mi libertad para todo lo que voy a hacer, yo quiero que tú también seas libre por si la vida te presenta otra oportunidad.*

- *¿Se trata de otro hombre?... De otra manera no entiendo…*

- *Julián ¿Es en serio la pregunta? Tú crees de verdad que si hubiera alguien más ¿no te habrías enterado ya por la boca de las personas que te informan sobre mis pasos en esta ciudad?*

- *¿De qué hablas?*

- *Por favor Julián, ¿Crees que no estoy enterada del cerco que he tenido a mi alrededor todos estos años? Sé perfectamente quienes son y lo que te dicen, y ninguno de ellos te ha contado nada que mínimamente me puedas reprochar. Sin embargo, yo sin pedirlo me he enterado de cuanta relación has tenido. Desde las relaciones con varias y… hasta dos casadas… ¿Quieres que siga?*

- Analú, soy hombre y tengo necesidades, no lo voy a negar, y si he hecho todo eso lo intenté hacer con total discreción sin buscar afectarte.

- Pues yo soy mujer, y también tengo necesidades. Como todos. Pero me he dedicado a estudiar, y mientras fui tu novia, hasta el día de antier, no te falté en ningún momento.

- Pues siento la necesidad de decirte Analú que tus hermanos y los mios no estarán de acuerdo, y que por mi parte iré detrás de ti, por mar y tierra, pues no pienso renunciar a ti, ni al sueño de nuestros padres, que hoy quieres traicionar.

- Julián, de verdad quiero que esto termine de la mejor manera, pero si quieres que sea así, pues así será. Y si mis hermanos piensan igual que tú, pues ellos tendrán igualmente que aprender a respetar mi decisión. Por lo que a mis padres respecta, estoy seguro que ellos estarían conformes siempre y cuando yo sea feliz… ahora si me disculpas voy a dormir un poco.

Yo del otro lado estaba impresionado. Nunca me hubiera imaginado con qué convicción y carácter defendía Analú su verdad. Puso a ese tipo en su lugar de manera magistral. De cualquier manera, ya me estaba enterando de la clase de hostilidad a la que tendría que responder ella, así que me sentí muy contento de haberme subido a ese avión.

Miré mi reloj, finalmente marcaba las 8:58. Me levanté, caminé por el pasillo y entré al baño. Los siguientes dos minutos transcurrieron muy lentamente, aunque la verdad es que mi ansia era tanta, que mi corazón marchaba como un ferrocarril ante tal expectación.

- *¿Hola…?* - Un susurro acompañado de dos golpecitos… ella estaba afuera…

(Continuará…)

Capítulo 13

Parte 13

- *¡Hola!*... – Susurré.

Ella entró al diminuto baño y cerró la puerta. Luego se puso enfrente de mí, cara a cara, con las cejas levantadas y sonriéndome entre divertida y asustada.

- *¡Hola guapo!... oye… ¡estás loquísimo!*... – Nuestros ojos entraron en contacto, pero sin abrazarnos o tocarnos aún.

Por mi parte, a pesar de estar en esa circunstancia tan particular, me refiero a estar solos los dos respirando nuestros alientos en una cabina de baño de avión, y sin hacer de lado todo lo que habíamos pasado ya en tan breve lapso, todavía guardaba un poco de reserva, la suficiente para tener la prudencia de no abalanzarme sobre Ella como me lo exigía mi instinto de cavernícola. Yo esperaba un gesto o un movimiento de ella que me hiciera sentir con el derecho de abrazarla y besarla, la seguridad de que lo nuestro era real y que así seguiría.

Así que ahí me quedé unos segundos, clavado en sus intensos ojos verdes y aguantándome también, un poco de risa. Una risa nerviosa, claro está, motivada por esa situación y el ansia que me ganaba por tenerla ya. Ella, con su hermosísimo rostro a tan solo 10 centímetros, me tenía hipnotizado, no podía quitarle la vista de encima, y sus ojos me hablaban, ¡de verdad! ¡Me decían tantas cosas!

Si alguien leyera esto... lo siento amigo, tú no existes más allá de mi imaginación. No te ofendas. Decía que, si alguien conociera estas líneas, *a priori* diría hasta aquí, que se trata de una bonita historia de amor. Romántica y linda. Se conocieron y se amaron, y ya. Vivieron muy felices *forever and ever*.

¡Que lejos estábamos de eso amigo! Mientras nos intoxicábamos con los vapores del amor más puro y dulce que te puedas imaginar, el destino nos fraguaba un camino muy tortuoso por recorrer, muchas dificultades por enfrentar y un final que… hasta ahora no me logro imaginar. ¿O ese final ya se dio y no me he caído en cuenta? ¿La carta que me dejó y que no quise leer será en realidad el punto final en el último capítulo de esta historia? ¿Ese fue el cierre?

Por momentos, así lo deseo. Volver a la normalidad. Sin importar que eso implique regresar a una rutina, al hastío, a la monotonía en la que había estado inmerso en todos estos años, sin enterarme. Pero al menos,

creo yo, con los pies bien puestos sobre seguro.

Pero déjame recobrar el hilo de la historia, no me gustaría enredarte en una madeja de circunstancias. Necesito continuar con esta sucesión lineal de hechos. Te decía que estábamos a centímetros, uno del otro, en el baño de un vuelo nocturno hacia Guadalajara.

- *¿Me vas a abrazar o no Luke?* – Me retaba con su mirada mientras sonreía.
- *Lo siento, yo solo abrazaría a mi novia. ¿Eres tú mi novia?* - Le devolví el reto.
- *¡Que patética respuesta Luke!... Olvidas que ya nos hemos abrazado… que nos hemos abrazado hasta quedar dormidos.*

Y finalmente nos encontramos, fundiéndonos en un interminable abrazo, coronada por un beso tal, que lo guardo entre mis más memorables momentos con ella. Ignoraba yo hasta ese momento, que los besos se pudieran recordar así, tan vívidamente, y diferenciarlos de otros en distintos tiempos y circunstancias. En ese instante, en mis adentros, tuve la certeza que se consagraba nuestro amor, que recibía la bendición de algún Dios muy bueno, uno que había dispuesto en un acto de justicia incomprensible y, por eso divino, que a mí, Luke Nuño, me correspondía Analú Luna como mi compañera de vida. En ese momento pensaba que mi vida empezaba y terminaría junto a Ella.

Esa comunión que, debe de haber durado tan solo unos cuantos minutos, en mis recuerdos fue atemporal. Algo indescriptible, inefable. Después de un tiempo, iniciamos un intercambio. No atinaría reproducirlo aquí, en esto que hoy escribo. Fue un cruce de palabras aisladas, gestos, miradas, susurros y suspiros. Todo dulcísimo, lleno de una emoción muy honda. No nos hizo falta articular grandes oraciones, llenas de elocuencia, bastaba el enorme gozo de sabernos juntos. Juntos en todos los sentidos posibles.

Tuvo que transcurrir otro intervalo para poder reiniciar la conversación.

- *¡Que alto eres Luke! Eso me gusta. Me recuerdas a mi padre, así de alto y fuerte. Ojalá lo hubieras podido conocer*- Decía esto mientras bajaba la mirada.
- *Analú, sí fuera el caso, seguramente él me habría rechazado, ¿No fue él que bendijo tu boda?* – Repuse.
- *Sí. Te hubiera ignorado en un principio. Él era duro. Pero hubiera bastado, para que rectificara, enterarse que eres a quien yo quiero… y ya no se diga mi madre, ella solo quería que fuera feliz, no se cansaba de decirlo. Mis padres eran gente buena, y mejores padres*- Y nos quedamos

con un silencio prolongado, abrazados.

En algún momento continuamos aquel beso interminable del principio. Un beso sobre el que podría escribir hojas y más hojas. No lo voy a hacer, no te preocupes, nadie lo entendería. Solo te diré que en ese beso transité escrutadoramente por cada milímetro cuadrado de sus labios. Recorriéndolos de comisura a comisura, pasando por cada pliegue de sus labios hermosos. No descarté bajar un poco a su barbilla, y de ahí aventarme al vacío de su cuello. O, de pronto, dar un brinco gigantesco hacia sus dos ojos verdes, que se cerraban para recibir mis labios plenos. ¡Si ya sé!... ¡acabo de hacer lo que dije que no haría! ¿Lo dije? Acabo de verter una tonelada de azúcar sobre este rollo. Total, si te incomoda puedes brincártelo e ignorarlo, en mi defensa solo puedo decir que así dicho, está todavía muy lejos de cómo fue en realidad.

(Continuará)

Capítulo 14

PARTE 14

Cuando uno linda los bordes de la felicidad total de esa manera, el tiempo suele pasar vertiginoso, como en una caída de agua. Todo se hace pequeño y poco importante, lo único que realmente cuenta es esa noción maravillosa de ser yo con Ella, y que juntos conformábamos una unidad. Si ya sé. Otra vez estoy levantando edificios de caramelo y algodón. Pero no me puedo resistir. Además, ¿qué me importa? Esto nadie lo leerá jamás, nadie sabrá lo cursi que puedo llegar a ser cuando trato de reseñar ese momento tan estraordinario en mi vida. Cuando creía... cuando estaba confiado que mi destino era Ella.

Pero aún así, en medio de ese espasmo de felicidad, me vi obligado por las circuntancias a frenar mis ansias. Debo de confesar que la mitad del tiempo lo empleba en controlar unas ganas que me comían por dentro. Un impetú por hacerla mía, por cerrar nuestra unión. Afortunadamente siempre ganaba la razón, de una u otra forma me obligaba a comportarme correctamente, no debía ignorar lo obvio, y eso era que entre Ella y yo no habían pasado más de 10 días desde que nos conocimos, que claramente tenía que ser un hombre en toda la extensión de la palabra. Algo nuevo para mí.

- *¡Analú ya! ¡Debemos salirnos! Este es un vuelo realmente corto* - Ella reía, quizá se daba cuenta de que yo reunía con dificultad los arrestos suficiente para detenerme.

Ella me miró largamente, parecía estudiarme y por último su mirada y su sonrisa me significaban que había pasado la prueba, cualquiera que esa fuera. Después, ella habló.

- *Por favor, al salir toma un taxi y pide ir al Hotel Santa Lucía, que es muy discreto y está no muy lejos de mi casa. En cuanto pueda te hablo ahí… ¿Sí!* ...- Mientras me volvía a abrazar y se apretaba a mí.

- *Si claro, voy a buscar primero donde comprarme una maleta y luego… ropa para meter en la maleta… pantalones, camisas, ¿unos chones…?* - Analú reía tapándose la boca, no parecía contenerse, y yo seguía - *…afeites, pijama, cepillo de dientes… ¿más chones…?* - Y ella no lograba aguantarse la risa a pesar de mi chiste tan ramplón.

Antes que saliera de ahí le alcancé a decir… – *Y oye… bien defendido lo tuyo hace un rato...*- Y le guiñé un ojo.

Ella se giró y me dijo – *Quería que lo oyeras… era por ti*- Y salió finalmente. Cuando yo hice lo propio, y salí para dirigirme a mi asiento,

Ella parecía dormir un poco.

-0-

Una vez que aterrizamos y bajamos del avión, la dejé de seguir. Ella se perdió de mi vista después de entrar a la sala del aeropuerto. Me quedé con una sensación de vacío, algo inexplicable. Aun así, yo tenía una sonrisa tatuada en el rostro, no podía dejar de expresar la felicidad que me avasallaba.

Por la hora que era, más valía que me apurara a comprar lo más indispensable en las tiendas del aeropuerto. Conseguí un cable cargador para el IPhone, ropa deportiva, unos tenis, ropa interior, cepillo, pasta… ¡Ah! y la maleta. Algo impensable hasta hace muy poco. Pero ya me había ido habituando en esos días a situaciones totalmente ajenas a mi clase de normalidad. Ya ves, siempre me pareció absurdo hacer cualquier viaje sin planearlo con la debida anticipación. Pero ya estaba en un punto donde no me lo reclamaba. Pensé que el viejo Luke había terminado tan enamorado, como yo, de Ana Sofía y la larga cadena de sucedidos que traía consigo.

(Continuará)

Capítulo 15

PARTE 15

Al salir del aeropuerto me pegó de lleno en la cara un viento fresco que, inesperadamente, me hizo sentir lleno de optimismo y alegría. Tenía la total certeza de que me encontraba en el lugar del mundo en el que tenía que estar. Tomé un uber y pedí ir al Hotel Santa Lucía que, en efecto, resulto ser una magnífica recomendación. Llegué a mi cuarto, pedí el clásico *Club Sándwich*, me bañé y me acosté. No quise importunar a Analú con un mensaje, mejor esperé a que me ella me enviara cualquier mensaje.

-0-

Eran las 7:20 de la mañana, cuando oí que tocaban la puerta de mi cuarto de hotel. Me levanté todavía bastante somnoliento, fui instintivamente al baño y me eché agua a la cara. Hice por peinarme un poco y abrí la puerta.

No se me ocurrió preguntar, lo cual era, según las circunstancias, lo más conducente... pero, era ella. Radiante y entusiasta, con el verde hipnotizante de sus ojos, su colita de caballo, nada de maquillaje, botas, jeans y un suéter. De entrada, me sorprendí, no esperaba verla tan temprano. Ella quiso hablar y yo la detuve muy suavemente con un dedo sobre su boca, luego puse mi dedo sobre la mía y le di a entender que no dijera nada, ella reía, no se cansaba de mi estrenada locura. Corrí, me metí al baño y me di la ducha más rápida de mi vida y me rasuré. Cuando salí, ella veía la tele. Me vio y se rio aún más.

- *¡Eres un vanidoso!* ...- Y corrió hacia mí y materialmente se me abalanzó con tal entusiasmo que ya me había iluminado el día ¿Se podía ser más feliz?

Ordenamos desayuno. Café, jugo, huevos y pan tostado.

Y luego, entre risas primero, y un silencio después, nos trenzamos en un beso, seguido de muchos más. Y en algún punto, allende la ternura de siempre, se desbordó la pasión, la que dejamos entrar despreocupados, sintiendo muy pronto una irrefrenable urgencia por finalmente estar juntos. Sin embargo, se asomó por ahí el viejo Luke, en su faceta más sería y prudente, y me preguntó - *¿De verdad quieres que así sea la primera vez para ella?* - Por muy nuevo "yo" que fuera, siempre acusé rasgos de consideración a los demás, y pues no podía ser menos en este caso. Así que fui metiendo el freno poco a poco.

- *Quedé de verme con mis hermanos para desayunar*- Me soltó.

- *¿Desayunar? ¡Vas a desayunar otra vez!...* – Pregunté sorprendido, como si ese fuera el tema central.

Nuevamente se reía, con tanto entusiasmo, tan alegre.

- *Te lo dije ¿No?... Como demasiado, claro mi metabolismo me lo permite… Además, no te imagines que comeré otra vez todo un desayuno…* - Y se volvía a reír cuando veía mi cara de incrédulo – *¡Está bien!... Quizá solo coma algún pastel*…- Nuevamente su risa cristalina brotaba espontáneamente dadas mis burlas - *¡Oh! ¡Ya déjame en paz!* - Y ahora nos reíamos los dos. Esto suena cursi de cualquier manera, pero que estábamos viviendo era algo único, solo para nosotros.

Después de tanto reír, me quedé serio por un momento.

- *Analú, ¿Crees que es mejor que me regrese?* – Al mismo tiempo que lo pensé, se lo inquirí.

- *Luke, por mí, yo quisiera que te quedaras… tu cercanía me ha hecho mucho bien. Me siento protegida, cuidada, no sabes cómo te agradezco tu gesto de subirte al avión… Pero tampoco te puedo detener. No sé a qué arreglo llegaste en tu trabajo*… - Y genuinamente vi preocupación en su cara.

- *En mi trabajo me dieron dos días más. Es decir, pasado mañana, el jueves, me debería de presentar. Así que si estás de acuerdo me voy mañana, en el vuelo más tarde que haya*… - Ella me abrazo muy fuerte, casi con gratitud, mientras me decía frases cariñosas, una tras otra.

Antes de irse, nuevamente hizo alarde de su agradecimiento, me abrazo y me prodigó palabras llenas de ternura. Luego repuso.

- *Y no creas que no me he dado cuenta que hace un momento te has detenido… en ese… digamos… nuestro momento de pasión. También te lo agradezco profundamente, aunque debo de decirte que te me adelantaste por un segundo. Nada ansío más que entregarme a ti, pero hoy definitivamente no sería la mejor ocasión. Ya buscaremos otra oportunidad*- Me decía todo esto mientras yo la veía detenidamente.

Ella se fue finalmente, con la promesa de hablarnos más tarde, para enterarme del resultado de su plática con sus hermanos. Y me dispuse a lavarme los dientes cuando oí nuevamente que tocaban a la puerta y presuroso corrí a abrir.

Y Abrí.

En la puerta estaban dos tipos con lentes obscuros. No me dieron tiempo de nada se arrojaron sobre mí. Me amordazaron y amarraron. Y mi último recuerdo fue un golpe seco en mi cabeza.

Ya ves amigo, no hay una gran historia de amor simple, sin complicaciones. En mi caso inicié así la segunda parte de mi loca historia... después de mi muerte.

(Continuará...)

Capítulo 16

PARTE 16

Pues sí mi amigo, el destino a lo que sea que rija nuestro paso por este mundo, no es y nunca ha sido, y ciertamente no lo será, únicamente de miel y mieses. Por eso, durante nuestra vida, con implacable justicia, o bien, despótica iniquidad, se nos depara sendos tiempos, los de una sublime alegría, así como, los momentos más negros inimaginables. Y en medio de esos dos extremos, un mar de hastío y monotonía que nos pinta de gris todo hasta llegar a lo más alto del horizonte. Yo entiendo que es la manera más sabia, pensando en que Dios fuera real, para que logremos alcanzar cierto equilibrio y, por lo tanto, la salud mental necesaria para cruzar por una existencia que puede llegar a ser tan azarosa.

Si algún reclamo pudiera hacer yo, sería el conocer por qué me ha tocado transitar de un extremo a otro, sin que se me permitiera la tregua y el alivio que puede obsequiar el gris del fastidio, del olvido y el desamor. Por qué se me expuso en el momento de mayor vulnerabilidad, cuando el amor me colmaba la copa de la felicidad; para luego dejarme caer estrepitosamente en una mazmorra donde reinaba el terror más puro, donde no hay ni esperanza ni fe que valga.

El ser humano es un saco de contradicciones. Podemos ser tan buenos, como buena esté resultando la vida. Pero cuando nuestra realidad es otra, cuando el mal nos toca, cuando nos lastima la perversidad, todo lo bueno desaparece y en su lugar se queda el egoísmo más puro, el instinto de sobrevivencia más elemental, ese que nos hermana con el resto de los seres vivos y nos puede poner a competir con ellos tan solo por un montón de carroña.

Esos negros pensamientos, fueron los que me recibieron en esa nueva circunstancia.

-0-

No puedo imaginarme cómo fue que mis captores me sacaron a esa hora de la mañana de un hotel como el Santa Lucía, lleno de huéspedes y personal. Yo había sido amordazado, vendado, inutilizado de manos y piernas, para después ser cargado por tres o cuatro gorilas. Era un simple bulto, sin voluntad y sin voz.

Cuando sentí el fresco de la mañana, supuse que estábamos en la calle. Por lo que hice un intento por liberarme moviéndome frenéticamente. La respuesta fue inmediata. Me lanzaron al suelo, donde boté de muy mala manera, y casi enseguida, recibí una andanada de puntapiés que llegue a pensar que nunca terminaría, uno más fuerte que

el otro y prácticamente sobre todo el cuerpo. Yo pensé ahí que así moriría, que algún golpe certero en el pecho o en la cabeza terminaría con todo. Pero no ocurrió eso, después de unos minutos me levantaron y me arrojaron sin consideración al piso de un vehículo. Y estando en esa posición, debajo de los pies de mis captores, yacía yo después de una muy clara amenaza de muerte si no guardaba silencio.

Habían pasado un cuarto de hora desde mi secuestro, cuando oí que uno de los tipos recibió una llamada que contestó en el *speaker*, según entendí para que yo escuchara. Del otro lado, una voz que reconocí inmediatamente… era Julián del Villar…

- *A ver ¿qué pasó? ¿Ya traen ahí a ese cabrón?* - Se le oía entre divertido y burlón.

- *Si jefe*- Le respondieron automáticamente.

- *¿Me está escuchando?* - Siguiendo con el mismo tono ese de haber hecho una travesura.

- *Si jefe*- Contestaban todos a coro.

- *¡Quiubo cabrón! ¿Cómo te han tratado mis muchachos?*

- *Jefe, no puede hablar, trae una cinta en el hocico*- Le informaban.

-*¡Ah, qué pena! Pero… pos bueno, me oyes ¿No?... quiero que sepas pendejo que nadie se mete con mi mujer sin que se lo cargue la chingada ¿Estamos?* ... - Y se quedaba callado, como esperando que yo le contestara, allá tirado en el piso del vehículo, y sintiendo ya la ansiedad típica de los que sufrimos algún grado de claustrofobia.

Luego, como si estuviera pensando qué hacer conmigo, dispuso…

- *A ver muchachos. Quiero que se deshagan de este cabrón y lo avienten y lo entierren en un hoyo ¿Ok?* – Soltó así, sin más.

Cuando escuche ese sentí que la sangre se me iba a la cabeza. Al comprender lo que significa esa orden, empecé a moverme con desesperación. Sabía que tenía que hacer algo y lo único que me quedaba era revolverme en el piso buscando recuperar un poco de movilidad. Pero todo se convirtió en un infierno. Una vez que hice por moverme, los sujetos que tenían sus pies sobre mi empezaron a pisarme y patearme con tanta violencia que muy pronto me detuve. Pero ellos no. Me aporreaban tan insistentemente que me pareció que además de los pies, lo hacían con sus puños e incluso con las culatas de sus armas. Y fue ese momento en el que pensé que mi corazón reventaría, mi esfuerzo físico y el miedo, aceleraron excesivamente mi respiración, lo que se complicó por

mi boca amordazada. Muy pronto empezaría a sentir que me ahogaba.

En algún momento en medio de esa terrible agonía, esa tortura indescriptible, sentí que me dejaba ir, que ya no ofrecía más resistencia, que finalmente aceptaba mi fin.

-0-

Cuando volví a despertar, no solo había perdido la noción del tiempo, sino la de la vida misma. Ni siquiera sabía si seguía vivo. Fueron los ruidos extraños que empecé a escuchar los que me llevaron a concluir que seguía vivo. ¿Un avión? No, una avioneta. Viajaba, al igual que la última vez, en el suelo de una avioneta. Estuve lo más atento que pude, esperando oír algo que me diera luz sobre mi situación, sobre mi futuro, si es que tenía alguno. Pero no pude resistirme, sentí un deseo insuperable por dormirme. Más tarde sabría que estaba narcotizado.

-0-

Cuando regresé a la conciencia de nuevo, lo hice con una ausencia absoluta del conocimiento sobre lo que me había ocurrido recientemente. Mi memoria se atascó por un par de minutos, en los que yo insistía en inquirirme por qué sentía un dolor insoportable en la totalidad de mi cuerpo, principalmente de mi cabeza.

Mi memoria regresó después de pasados unos minutos. El primer razonamiento que hice después de ese breve lapso de confusión total, fue comprender que había logrado, por alguna razón desconocida librar la muerte. Evadí el final más negro que pude imaginar. En ese momento, todos los dolores incluyendo el de la cabeza, dejaron de ser un agobio. Y eso fue más notable al darme cuenta que ya no estaba amarrado, aunque sí vendado y

Me encontraba tirado sobre lo que parecía ser un montón de arena. Muy cerca se oía el rugir del mar. Ahí, sentado, con un dolor permanente en todo el cuerpo, me quitaron la venda y la mordaza. Estaba en lo que parecían ser los restos de una palapa viejísima, en un estado lamentable y con la mitad del techo caído. A mi izquierda una playa desconocida, desierta y en la que ya se anunciaba un no tan lejano atardecer.

Uno de los rufianes acercó un teléfono y me ordenó que contestara. Yo obedecí sin chistar, y me pegué el aparato a mi oído.

- Te quiero decir pendejo, que en esta ocasión te has salvado. Y lo has hecho porque eres un pobre estúpido insignificante. Pero sí debo decirte que no habrá una segunda oportunidad. Quiero que desaparezcas. Quiero que pongas una distancia entre Analú y tú asquerosa persona de varios cientos de kilómetros. Y te estaré vigilando, y si no cumples con esto le

pediré a mis muchachos que ahora si te tiren y te entierren en el monte, pero que no sea muy hondo, para que te alcancen los coyotes…- Al parecer había parado para tomar aire, pues no había terminado de hablar

– *No tienes una puta idea de con quién te estás metiendo. No sabes qué clase de alacrán traes en tu espalda, yo te recomiendo que sigas con tu vida mediocre allá, muy lejos de mí y de mi mujer. Por lo pronto te vamos a dejar ahí para que te diviertas, para que conozcas un poco de la geografía de tu país… ¿Me escuchaste? ¿Me entendiste?* ...- Y se quedó callado esperando la respuesta.

-Sí- Y me sorprendí de oír mi propia voz. Tan vencido, tan doblado como nunca lo estuve. Ya solo quería que terminara este capítulo terrible en mi vida, sentir que seguiría viviendo, que la vida no acabaría.

Y ahí me quedé, descalzo y con media botella de agua. Observando cómo se iba la camioneta negra en la que había llegado, a lo que supuse era alguna playa en Jalisco. Aunque un poco después, cuando ya me hube tranquilizado, ya no me lo pareció tanto. El paisaje era más bien desértico, nada parecido a las playas de Jalisco. Ya me enteraría en dónde estaba.

Resolví que si no empezaba a caminar ya, me iba a llegar la noche y no tendría donde guarecerme de lo que sea que fuera una amenaza en ese lugar. Encontré un camino de tierra y decidí, sin pensarlo mucho, tomar a mi derecha. Tras media hora de caminar con muchas dificultades, por el dolor y el hecho de que aún estaba caliente la tierra que pisaba, con el mar a mi derecha y frente al atardecer, me encontré felizmente con un matrimonio que viajaba en una vieja camioneta *Ford*, a los que les di una versión muy *light* de lo que me había sucedido, pero que fue suficiente para que sintieran conmiseración por mí y decidieran ayudarme no solo a llegar al siguiente pueblo, sino a ofrecerme un lugar para descansar.

No podía estar más agradecido. Pedí prestado un celular y le hablé a un amigo de mucha confianza, para pedirle me enviara dinero, pues me habían dejado sin identificación, dinero, tarjetas, teléfono, sin nada. Ahí me enteraría que me encontraba en Punta Eugenia, en Baja California Sur, justo en la punta del cuerno que sobresale de la península hacia el Pacífico. Sin duda el punto más lejano al que me pudieron haber enviado, nada que no fuera una muestra extravagante del poder de alguien que se sintió burlado. Un loco que no dudaría mucho en matarme.

Esa noche, en la buhardilla que me acondicionaron mis bienhechores para pasar la noche, pensé por primera vez en Analú. Tengo que decir tristemente que todo el fuego, la ternura y la emoción se habían ido. No tenía ni las fuerzas ni intención alguna para ir a buscarla, me aterrorizaba la sola idea de intentarlo, pues estaba completamente permeado por el miedo a volver a encontrarme en una situación similar, siquiera parecida

al episodio de lento ahogamiento que viví.

En realidad, esa noche no quería pensar en nada ni nadie. Esa noche deseaba lamerme las heridas, dormirme y levantarme en otro mundo y en otro tiempo.

(Continuará…)

Capítulo 17

Parte 17

Para regresar a la ciudad de México, después de aquel día en que se me rompió la vida, tuvieron que pasar 9 días.

Primero, me fue preciso quedarme durante 7 días en Punta Eugenia, mientras me reponía un poco de los múltiples golpes recibidos. Afortunadamente, después de una revisión médica minuciosa, tuve conocimiento que no había huesos rotos, aunque sí innumerables contusiones. Aun con eso, no podía ignorar las heridas más graves, las más profundas: las del alma.

Afortunadamente, no hubo grandes marcas o lesiones en la cara. De manera que después de la primera semana pude viajar a la casa de mis padres en Torreón. Sorprendiéndolos, desde luego, por no tratarse de la navidad o alguna otra fecha señera, pero también por no poner un pie fuera de la casa durante los dos días de mi estancia y, más aún, por los prolongados abrazos que les repartí.

A nadie le conté nada. Hice un gran esfuerzo por disimular el terrible estado de ánimo en que me encontraba. En las noches casi no podía dormir, y cuando podía finalmente dormitar un momento tenía pesadillas en las que me lastimaban a mí o a mi familia. No me fue difícil diagnosticarme la depresión en la que había caído, sobre todo por mi decisión de tragármelo todo, de no compartir con nadie lo que había padecido. El miedo me atenazó la razón desde entonces. Era un miedo que desconocía, que ni siquiera me lo hubiera imaginado en mí. Tenía mi mente copada, me dominaba, me sugestionaba. El miedo trajo consigo una paranoia terrible, en mis pensamientos cada vez más surgían nuevas formas con las que “ellos” se podrían acercarse para hacerme daño.

En medio de ese infierno interior, decidí que tenía que volver a la Ciudad de México para resolver todos mis asuntos. Esto, a pesar del terror que significaba retornar a la zona que se me había prohibido señaladamente. Estuve en esa ciudad diez días. Desde el primer día que llegué me mudé a un hotelito lejos de mi viejo departamento, del que me deshice pagando una penalidad y malbaratando mis muebles. Renuncié a mi trabajo, con la inevitable desilusión de mi jefe que incluso me llegó a ofrecer un aumento de sueldo para no irme. Tramité todas mis identificaciones y tarjetas de crédito perdidas. Cancelé mi celular anterior y contraté uno nuevo. Deje a Benito encargado y, en general, borré todo rastro de mi persona, incluyendo redes sociales. Durante todo ese tiempo hablé e hice sólo lo estrictamente necesario, y nuevamente mantuve en

absoluto secreto lo sucedido.

Cuando hube terminado volé a Mérida, lugar que, según mis razonamientos psicóticos, era el más lejano posible sin salir del país y, por esa razón, el más seguro para mí. Mi pensamiento y proceder era absolutamente defensivo. Planeaba vivir algunos años ahí, los suficiente como para borrarme de la memoria de mis enemigos.

Analú, en todo ese tiempo, quedó muy lejos de mi pensamiento, ya solo era una cara más de la amenaza que se cernía sobre mí. De todo lo que una vez me hizo sentir, dos semanas atrás, no quedó absolutamente nada. Incluso cuando llegaba a pensar en ella, sólo me procuraba miedo, suponía yo ridículamente que de alguna forma alguien se podría enterar que la tuve en mi pensamiento.

A las pocas semanas de mi llegada a Mérida, conseguí un nuevo empleo, modesto en proyección y salario, comparado con el anterior, pero suficientemente generoso para darme una vida de razonable tranquilidad y comodidad, que a esas alturas era todo lo que quería. Todo lo que hice, según me pareció, fue con suma eficacia. Pero poco sirvió para ayudarme a resolver el permanente estado de paranoia y desasosiego que vivía. En mis noches, aunque ya me permitía dormir un poco, no eran antecedidos de reflexiones con planes a futuro, deseos o fantasías. Eran de un total ensimismamiento, de intranquilidad, de un miedo atemperado, pero miedo al fin. De vez en cuando me despertaba a media noche con un grito ahogado, sobre todo cuando soñaba que me ahogaba con una mordaza en la boca y un pie sobre mi nuca.

Mi vida social en Mérida era nula. En el trabajo cumplía con mi horario y obligaciones, pero sin crear ningún lazo de amistad con nadie. Me limitaba a regresar a mi casa, a tratar de dormir, sólo para estar listo para el siguiente día. Muy pronto empecé a acusar un aspecto disminuido, macilento, muy delgado, con grandes ojeras por los prolongados periodos de insomnio.

En un par de ocasiones frustré los intentos de mi familia por visitarme. Inventaba viajes y compromisos. Bastantes dificultades tuve antes para explicarles mi renuncia y mudanza, y ahora la verdad no tenía fuerzas para lidiar con mis padres cuestionándome esto y aquello.

Este terrible pasaje de mi vida duró, según creo yo, poco menos de un año. En ese tiempo hice todo lo posible para alejarme del mundo, de mi familia y de mis amigos. Sin embargo, la vida debe continuar, e inadvertidamente las ideas se aclaran, los miedos se disipan, la fuerza crece y de pronto las cosas se empiezan a enderezar.

(Continuará...)

Capítulo 18

Parte 18

Ahí lo tienes amigo. Al final, el tiempo todo lo lava, todo lo envuelve. Ya sean imperios milenarios o las heridas del alma.

Como dice Serrat "*lo nuestro es pasar*…", y así, durante estos 8 meses mi dolor fue cediendo, se fue encapsulando, a fuerza y voluntad de seguir adelante y peleando por prender otra vez la chispa del amor a la vida, de la expectativa ante el futuro, de la búsqueda constante de la felicidad. Quedaba con una gran cicatriz que nunca desaparecerá del todo, pero ya podía levantar y sostener la vista sobre el horizonte.

El miedo que me agobiaba cuando llegué a Mérida, pasó por un proceso distinto al dolor. Supongo que nunca antes me puse en el lugar de aquellas personas que sufren un secuestro y que de pronto descubren en un soplo que su vida no vale nada, que solo es una baratija que pende del capricho de alguien más.

Enfrentar la muerte de esa manera te deja marcado irremediablemente. El miedo que queda latente te consume como la llama a un pabilo de vela. Nada puedes hacer tampoco contra los juegos de tu propia mente, que se convierte en un permanente y cruel maquinador de amenazas, en un frenético cazador de sombras, de miradas, de supuestos peligros acechando a cada metro. La paranoia así funciona, tú mismo te haces el nudo de la cuerda de la que colgaras.

Y todo esto que suena tan dramático, fue en realidad… muy, muy dramático. Cualquier cosa que te platique, será poco para expresar por lo que pasé. Los primeros meses viví en ese infierno, con una sensación soterrada de que todo se podía venir abajo en un segundo. Pero como ya dije, aun en la más prolongada negrura puede aparecer un punto de luz apenas imperceptible. Y me ocurrió.

Primero apareció la rabia. Una rabia que me sabía a sal, la sal del mar Pacífico en Punta Eugenia. El coraje de saberme encadenado a un peligro que no sabía si era real, potencial o imaginario. De tener que supeditar mi existencia a la posibilidad de que algo suceda o no. Esa rabia me hizo tomar decisiones que pareciendo prudentes, obedecían más a mi paranoia rampante. Decidí un buen día, que tomaría clases de defensa personal. Semanas después, con el tiempo que me quedaba libre, opté por empezar a ir a un campo de tiro. Aprendí de armas, calibres, usos, licencias, etc. En mi mente loca yo me convertía en una especie de *ninja* preparado para

repeler cualquier ataque.

Quién me iba a decir que esas actividades, lejos de procurarle algún alivio a mi desazón por el mero aprendizaje de esas formas de protección, lo que provocó en realidad fue que iniciara primero una incipiente actividad social, y después, con el paso de los meses, relaciones de amistad que terminaron siendo muy apreciadas por mí, sobre todo porque dejé de estar y sentirme solo permanentemente.

En mis clases de *aikido*, conocí a Ruth. Ruth era gerente de un centro comercial. Me llevaba 5 años y era una fanática del deporte y de la vida sana. La verdad es que yo no demostré ningún interés ni hice por salir con ella. Pero fue ella la que me ganó, poco a poco. Una mujer guapa y muy valiosa sin duda. Nunca estuvo en mi pensamiento la idea de que "no estaba preparado para una relación", así que cuando se dieron las cosas yo no me opuse de ninguna manera. Todo lo contrario, recibí con absoluta gratitud las demostraciones de cariño de esta linda mujer. Lo que sí procuré hasta donde pude, fue ser honesto con ella. No intenté parecer o pretender que estaba ni enamorado ni cualquier otra cosa que no fuera cierta. Ella así lo aceptó, y la verdad ella me proveyó de mucho del calor que me hizo falta durante los últimos meses. Tanto así que en algún momento me llegó a pasar por la cabeza que quizá Ruth era la persona ideal para formar una familia.

Un día, sin pensarlo mucho, empecé a salir de la ciudad. Viajes cortos por carretera. Hasta ese momento me lo había estado evitando a toda costa. Sentía, insensatamente, que por el hecho de hacerlo iba a enviar involuntarios mensajes de humo a mis enemigos. Pues a Ruth le debí eso también. Ella jamás supo nada de lo sucedido conmigo, sin embargo, siempre aludía a mi "fiel tristeza", a mis "fantasmas del pasado". Yo siempre evadí sus insinuaciones, me reía y le decía que era muy imaginativa. Ella solo sonreía, y me decía - *No importa. En su momento… cuando estés preparado aquí estaré*. Lo que ella nunca sabría, es que me pensaba morir sin hablar de eso con nadie.

El trabajo fue también una fuente insospechada de satisfacción y tranquilidad. En todo ese tiempo ya había subido dos niveles de responsabilidad, y todo apuntaba a que habría más espacio para crecer.

En fin. El sol de la esperanza iluminaba mis nuevos días. Finalmente podía empezar una nueva vida. Claro, en el fondo, siempre sabría que ahí permanecerían los asientos del pasado. Sabía yo que lo que había pasado fue real, que no era un invento o un mal sueño. Simplemente procesé mi experiencia y traté convertirla en una enseñanza. Supe que no era invencible, pero que tenía recursos para salir adelante. Supe que el mundo era peligroso, pero que era posible aspirar a la paz y a la tranquilidad través de la prudencia y la buena toma de decisiones sobre mi vida. También tuve buen cuidado de no generar odio. Todo eso junto,

como un coctel, fue el inicio de mi renacer.

Y mi renacer me tenía encendido, me tenía entusiasta, me tenía echado para adelante, hasta que… me topé con un fantasma.

-0-

Un día caluroso y húmedo, de esos que el Golfo de México le provee en noviembre a Mérida, deambulaba yo solo por el Paseo Montejo. Una ligera lluvia había empezado con un casi infinito chipi chipi, mientras la tarde iba cayendo lentamente. En ese recorrido, en el que las buganvilias de colores encendidos lo impregnaban todo, ahora se mezclaba con el olor de la tierra mojada. Mi espalda empapada, bajo la lluvia pertinaz, me empezaba a reclamar un techo. Al otro lado de la calle observé en la esquina un bar, y me vino de pronto un antojo por una cerveza fría, bien fría, en la terraza del lugar.

Hacia allá me dirigí.

Al cruzar la calle, asegurando que no pasara ningún vehículo, observé a lo lejos, en la misma acera de donde yo provenía, un nutrido grupo de personas. Sin alguna razón en particular, mantuve fija la mirada en ese abigarrado conjunto. Algo, sin saber qué o quién, me había llamado la atención. Tiempo seguido regresé mi mirada hacia la puerta del bar que me estaba recibiendo con un chorro de fresco aire acondicionado.

Esos privilegios de la provincia. Esas cosas simples como la de ir caminando por una calle, sin un plan determinado, y luego meterse a un bar sin mayor anuncio, era una de las cosas que empecé a amar de mi lugar elegido para mi auto exilio. Busqué una buena mesa y ordené esa cerveza tan deseada. Desde ahí advertí que la lluvia se había hecho más intensa. Adentro, la algarabía era mayúscula, cierto partido de fútbol proyectado en sus pantallas provocaba, de vez en vez, gritos destemplados de los tertulianos.

Estuve ahí no más de una hora, tiempo en el que me tomé cuatro cervezas. Las suficientes para animarme en ese primer viernes que había vuelto a estar solo después de mucho tiempo. Ni Ruth ni mis nuevos amigos me acompañaban. Me descubrí disfrutando la soledad después de tanto padecerla. Pagué la cuenta y salí del bar. No me importó que siguiera lloviendo afuera, de hecho, se me apeteció empaparme con esa agua tibia que caía como bendición después de un día tan caliente.

Seguí por el Paseo Montejo, embriagado más por la redescubierta libertad que por las cervezas que tomé; disfrutando la arquitectura de los palacetes y casonas de estilo neoclásico afrancesado, con sus jardines exuberantes y la iluminación que realzaba las líneas de sus construcciones. De vez en cuando, sin hacerlo conscientemente, sentía el

impulso de girar la vista hacia atrás. ¿Algo me estaba inquietando? No era nada, concluía. Aparentemente nunca desterraría ese prurito por saber en todo momento dónde estaba y quién a mi alrededor. No le di importancia, continué mi marcha hacia cualquier sitio a donde me llevaran los pies.

La lluvia que hasta ese momento era fina pero persistente, empezó a lanzar unas gotas cada vez más gruesas. En unos minutos aquello era un aguacero declarado, sin embargo, no me molestó en lo absoluto. Encontraba relajante mojarme por el mero gusto, un resabio de mi naturaleza norteña. Pero fue en ese momento que, al inspeccionar a mis espaldas, me di cuenta que una persona parecía seguirme a media cuadra ¿O era solo mi mente burlándose otra vez de mí? El alumbrado no era mi mejor amigo en ese momento, no atinaba a distinguir bien, solo era un bulto. Nuevamente trate ignorarlo, me servía del éxito reciente de racionalizar todo lo que me ocurría. Gracias al cual, había llegado al punto de resumir, que todos mis temores eran completamente infundados.

No obstante, mi nueva vocación racionalista, revisé a los 5 minutos pasados, y juré que ahí seguía, quizá un poco más lejos… pero sin duda era ¡El mismo bulto!... Empecé a dudar de todo. Mi mente psicótica tiro por la borda mis afanes del raciocinio, y otra vez me estaba empezando a poner de rodillas.

Al Llegar a la calle 39 decidí dar vuelta a la derecha. Lo hice y corrí cuando sentí que podría haber quedado fuera de la visión de mi supuesto acechador. A unos 30 metros, me detuve enfrente de una casa blanca, en la que encontré estacionado un gran camión y sin cavilarlo mucho concebí la dudosa buena idea de esconderme detrás de ella. Me puse en cuclillas y me dispuse a esperar.

Apenas unos segundos después de hacer eso, resolví que quizá me había equivocado, pero antes de poder reanudar mi marcha paré en seco al escuchar un ruido muy cerca, así que me quedé congelado, mientras en mi mente sufría una vertiginosa regresión a los peores momentos de mi pasado viacrucis.

Cerré los ojos, mis oídos fueron mis faros en ese momento. Unos pasos raudos se acercaban. El miedo, que había regresado como si nunca se hubiera ido, me empezó a atacar ferozmente con toda clase de pensamientos, cada uno más terrible que el otro.

Cuando sentí que verdaderamente estaba perdiendo la cordura, en un momento muy poco oportuno, decidí, débilmente primero y después con un poco de más convicción, convocar una asonada en mi propia cabeza, una rebelión contra mis propios demonios. Decidí tomar el control de mi cuerpo y de mi mente. Armas no tenía a la mano, pero tenía mis conocimientos de aikido, así que, sin más, sin detenerme a pensar en lo ridícula que podía ser la situación, me puse en posición de ataque *Tori*,

desde el piso, mientras aguzaba mis oídos.

Los pasos se fueron acercando cada vez más. Yo, rígido como una navaja, guardaba mi Tori.

Los pasos llegaron, se siguieron y se fueron. Levanté la cabeza. Ahí estaba yo, solo en una calle desierta y en medio de un aguacero casi torrencial. Me incorporé, voltee a todos lados para volver a asegurarme que nadie me había visto. Me dirigí de nuevo hacia el Paseo Montejo. Mientras caminaba, me di cuenta que estaba muy relajado. Eso me provocó primero una sonrisa, después una risa, y luego unas carcajadas incontenibles. Regresé a la avenida que ahora parecía también desierta. La lluvia copiosa que se prolongaba, había convertido en un páramo una noche que prometía mucho para los jóvenes fiesteros.

Caminé una cuadra más. Y antes de llegar a calle 41, sentí que otra vez alguien caminaba detrás de mí, solo que ahora era a no más de 10 metros…

… Me detuve.

Los pasos también pararon…

… Después de unos segundos… resolví que ya no podía seguir huyendo, así que decidí girar sobre mi eje...

(Continuará...)

Capítulo 19

… Y me detuve

Sin saber a ciencia cierta si mi mente me jugaba alguna broma perversa, tuve la sensación de que los pasos detrás mío también se detenían. Sin avisar, un terror frío llegó y se hospedó en mi ánimo. No, ¡No podría soportar otro cautiverio! Mis manos me temblaban. Dejé pasar unos segundos larguísimos.

En el zipizape que eran los adentros de mi cabeza, emergió una voz conocida, la misma voz que se había logrado colar en los últimos tiempos. Ese era el Luke digno y resiliente, el Luke que descubrió que todavía había vida por derrochar allá afuera, él que se aferró a la esperanza, él que sabía que tenía que vencer al negro pasado que, de una forma u otra, persistía en tenerlo cautivo. Ya no volvería a esconderse.

Después de esa intensa arenga interna, sin pensarlo mucho, resolví girar sobre mi eje… esperando, por una parte, que fuera mi imaginación la que me estuviera jugando alguna chanza, o bien, si era mi verdugo, enfrentarlo de una vez por todas. ¡Pa' morir nacimos! Me dije resuelto.

Al volverme, lo que vi me dejó frío.

Paralizado. Mi mente simplemente no conectaba con mi boca. Mi cuerpo, tampoco atinaba mover un solo músculo.

Enfrente, estaba mi *némesis*…

- *Quería ver tu cara otra vez*… - Oí esas palabras y sentí que la sangre me caía al piso.

- *Sé que... quizá simplemente debí asumir tu deseo de dejarme y ya, pero... decidí tragarme mi orgullo…* - La voz de Analú parecía romperse en mil pedazos conforme hablaba, aunque intentaba disimularlo apurando la voz y respirando hondamente. Sus lágrimas delataban su dolor, pero luego se perdían en el agua del chubasco que, ni se iba ni amainaba.

Yo alucinaba. Mi mente perdió la noción de las cosas. No lograba atar cabos y no me alcanzaba el entendimiento para explicarme la escena que estaba viviendo.

Analú empapada, muy delgada, demacrada y con su cabello escurrido, me miraba con una profunda tristeza. Sus ojos, los mismos que con el correr de los días, semanas y meses, se habían ido desdibujando en mi mente, después de ser tan entrañables. Esos ojos, estaban ahí otra vez y

me miraban extrañamente.

Unos ojos que siendo verdes, aparecían pintados en ese instante con el azul más intenso que haya visto jamás.

- *Quiero decirte que, por alguna razón incomprensible no he podido superarte. Simplemente no sé cómo me puede afectar tanto tu ausencia...* - Analú de pronto hacia largos silencios, mientras movía sus ojos como si buscara en el aire las palabras más precisas, las más certeras para comunicarse conmigo.

- *Sé que solo fueron 5 días, 1 noche y como 20 besos... los he contado...* - Confesó con una mueca - *Ni siquiera sé lo que es hacer el amor contigo... y, aun así, en estos meses no he tenido ni paz ni consuelo. Seguramente te has de preguntar ¿Cómo puede ser esto? Pues no, no tengo idea de cómo algo tan pequeño puede haber alcanzado ese tamaño*- Nuevamente, se tomó un segundo para respirar.

- *que hayas despertado en mí algo tan grande y hermoso* Y paró en seco, solo para tomarse unos segundos para continuar.

- *Tal vez mañana me despertaré para enterarme del ridículo enorme que estoy haciendo*Y a partir de ese momento su llanto se hizo más intenso, pues hablaba con dificultad

Y a esto le siguió otro silencio, quizá el más largo.

- *Luke, ¿Hay algo qué me quieras decir?...* - Y había que ver su mirada azul, con los ojos tristes e hinchados, y una mueca en la boca que semejaba una sonrisa.

Yo, que después de oír esa pregunta fijé mi mirada en el piso. Ella no se movía. En espera de una respuesta de mi parte.

Descubrí que no tenía nada que decirle. Esos meses pasados y mi tragedia, me habían bastado para saber qué es lo quería, y qué lo que no quería. Estaba perplejo ante esa escena, pero insensible ante sus palabras y sus lágrimas. Mi mente no hizo nada por recordar. No se impresionó por el costo personal de Analú por ubicarme en el mapa e ir a verme. Tampoco mi corazón de hielo sintió nada por sus razones y su presencia, antes tan ansiada.

Mi silencio fue demasiado elocuente.

Ella espero mis palabras por un par de minutos.

- *Adiós*… - Dijo al último. Al mismo tiempo que se daba la vuelta y se alejaba de allí. La seguí con la mirada hasta que la perdí. La lluvia

nuevamente se violentaba.

-0-

- *Oye, ¿Te dije que fui a ver coches a la agencia?*... – Decía Ruth mientras desayunábamos en una cafetería.

- *No. ¿Piensas cambiar tu carro? ¿Qué andas buscando?* – Yo divagaba, mientras tomaba mi jugo de naranja

- *Pues he estado pensando en una minivan. Me parece que podríamos viajar más cómodos en nuestras salidas* – Me contestó mientras acompañaba su dicho con esa mirada que ya le conocía. Escudriñando mi reacción.

- *Ruth. Yo te ruego que compres lo que tú quieras, pero no pensando en mí. Tu ve por tu interés y tu comodidad. ¿Ya no te gusta salir en mi coche?* – Y yo hacía lo propio. Estudiaba su rostro para saber cómo había tomado mi respuesta.

En verdad me sentía muy a gusto con Ruth. Ella era muy considerada, respetuosa y paciente. Entendía bien las condiciones con las que empezamos nuestra relación. Y supongo que, aunque ya no me insistía con lo mismo, ella seguía pensando que yo cargaba todavía alguna loza de mi pasado.

- *Adoro tu Mini Cooper, Luke. Pero yo tengo antojo de una minivan, y espero que alguna vez podamos viajar en ella. ¿Te parece?* - Y sonreía.

- *Claro, desde luego* - Trataba siempre de ser muy complaciente con ella. Supongo que no podría ser de otra manera. Me trataba siempre como a un rey.

- Por cierto - Repuso ella.

- *Dime*…- Y levanté la mirada, pensando que el tema automotriz no había concluido.

- *Tengo un viaje a la Ciudad de México dentro de 10 días. Tengo que reunirme con mis jefes. Y claro, adoraría que me acompañaras* – Y, nuevamente, me miraba con un poco de ansiedad.

Me quedé muy quieto. Mientras, mi cabeza empezó vertiginosamente a darle vueltas a todas las posibles salidas para no ir. Me aterraba la idea de regresar allá. Una de las cosas que más agradecía en mi trabajo, era que los viajes fuera de Mérida eran inexistentes. Después de cierto lapso, y ante la ausencia de una respuesta con algo que me excusara razonablemente de acompañarla, no me quedó más remedio que asentir.

Dando así inicio a una desdichada cuenta regresiva de 10 días, para volar al sitio que prometí no regresar en mucho tiempo.

No tenía una idea clara, de cómo iba a manejar esa situación.

Y luego, estaba la imagen que venía arrastrando desde aquella extraña noche de tormenta de hacía ya 2 meses.

Analú, totalmente empapada, delgada, pálida y llorando. No me la había podido sacar de la cabeza. Y eso no era porque hubiera retoñado en mí algún sentimiento del pasado. Pero lo que sí trajo consigo, fue una gran inquietud, una contrariedad, una sensación de que faltaba un círculo por cerrar. Un círculo que una vez cerrado, quizá me podría traer un poco más de paz.

La realidad es que la tranquilidad y seguridad que había empezado a saborear tiempo atrás, quedó en la nada aquella noche que me encontré con el fantasma de Analú. Si ella me pudo localizar ¿Qué podía pensar de mis verdaderos enemigos?

Esa noche llegué a mi casa y me fui directo a mi *laptop*. Me puse a buscarla en las redes sociales. Encontré que su última publicación fue en *Facebook*, meses atrás, poco antes de subir al avión para Guadalajara, aquel con el que empezó mi pesadilla. Era una *selfie* con su cara y una enorme sonrisa, abajo el texto con un lacónico "*¡Feliz!*" Después de eso ya no había vuelto a publicar nada.

Ahí me quedé viendo su página. Viejas fotos en las que se veía la chica feliz que conocí, la que un día me trajo de regreso desde la muerte, y de la que extrañamente me enamoré como un loco.

(Continuara…)

Capítulo 20

Deja te digo, querido amigo imaginario, que en ocasiones apuntamos al "sur", y nos descubrimos caminando hacia el "norte". Más veces de las que podemos pensar, visitamos las antípodas de lo que hemos asegurado con la boca y deseado con la cabeza. La voluntad no es tan honorable como suele lucir, de vez en cuando, inadvertidamente, se hace rehén de los enredos y los caprichos, sobre todo, los caprichos del corazón. Y el corazón manda. ¡Oh sí! Te lo digo con total seguridad, el corazón, al final, suelta la última palabra.

Y todo este rollo, que quizá, muy probablemente, no entiendas a la primera, sirve de preámbulo para explicarte cómo es que llegué yo, aquel día lunes, al parque enfrente de mi viejo departamento. ¡Así es!

Ahí me tienes, en la vieja banca aquella, sentado, y reencontrándome con mis abstracciones más complejas, reproduciendo mis pensamientos extraviados, aquellos que me hicieron escapar de esta ciudad. A esa hora, en esa suerte de autopsia mental en la que me sumergí, yo ya estaba empecinado en arribar a algo, a encontrarme con algo de donde asirme, algo que aliviara mis dolores más intestinos.

Supongo que, después de un año de los hechos que quebraron en dos mi ánimo, ahora todo era distinto. Ese viaje a la ciudad de México, me hizo padecer desde el principio, por no hallar una justificación meridianamente válida para no acompañar a Ruth. Aquello empezó a remover los vestigios del terror que todavía se alojaban en los asientos de mi memoria, la más obscura. Pero inyectado de una nueva energía, opté por impulsarme hacia el vacío que implicaba ese retorno tan impensado. Había vuelto a descubrirme, sin poder explicar cómo o por qué, con un poco de esperanza.

Ahora lo sé.

Una de las causas, tristemente, por las que simplemente no pude hablar con nadie, acerca de lo que me pasó en Guadalajara, fue el sentimiento de culpa que me acompañó desde un principio. Me fue inevitable concluir que actué como un cobarde. Que, secretamente, no me pude perdonar el hecho que el terror del que fui presa desde el primer segundo, me impidiera actuar con dignidad, con mi dignidad de hombre. Y mi huida, desde luego, fue el epítome de todo aquello. En realidad, le pude haber inventado cualquier excusa a Ruth para no viajar. Pero comprendí, en cierto nivel de mi conciencia, que tarde o temprano, tendría que hacer ese viaje y enfrentar lo que sea que me depararan las ironías de mi viaje por este planeta.

Y sentado ahí, haciendo una retrospección de aquel golpe de timón, me di cuenta que fue el pánico, el que me hizo abandonarme; así dimití de tajo, en un soplo, a todo lo que en ese momento convergía en mi vida, lo que había logrado levantar hasta ese momento, mi carrera, mis galones, mis sueños, mis amigos. Todo lo tiré para alejarme, según yo, de la fuente de mi terror, el temor más primitivo, el que amenazaba mi existencia.

Pero esa renuncia no solamente me involucraba a mí, sino a una mujer a la que, sin importar cuan indiferente me fuera en ese día, seguramente algo hubiera deseado hacer o decir ante esa circunstancia tan crucial. Mi corazón, en ese acto pusilánime de fugarme, y de darle la espalda a todo, me había dejado con un corazón empequeñecido, un pedazo de carbón que apenas latía. Finalmente, terminaba reconociendo, después de tanto tiempo, que estaba discapacitado emocionalmente. Si no lo fuera así, cómo explicar esa posición comodina en mi relación con Ruth. ¿Cómo podría explicar mi ruptura con todo lo que traía aparejado mi efímero pasaje con Analú?

-0-

Ese día, muy temprano, tras quedarme solo por varias horas, mientras Ruth atendía una serie de reuniones; mi muy reducida agenda personal, incluía recuperar a Benito. ¿Recuerdas a Benito? Mi pobre perro había terminado siendo la primera víctima de la ridícula evasión que protagonicé. A Benito lo dejé con una amiga… ¿Recuerdas aquella amiga que me lo había regalado en primera instancia? Ella fue a la misma a la que acudí, y aunque se resistió, terminó por aceptar quedárselo, a pesar de mis razones tan incongruentes y atropelladas. Afortunadamente para mí, mi amiga se encontraba planeando su próxima boda, de tal forma que no tenía mucho tiempo que dedicarle a un “hijo”, por llamarlo de alguna manera, producto de una relación pasada. Por lo que aceptó que yo lo recogería antes de mi regreso. Incluso, después de hablar con ella, pasé a comprar su jaula de transporte.

Y tanta explicación viene a cuento porque la tienda de mascotas en cuestión, está a tan sólo unos minutos de donde viví en la Colonia Del Valle, así que bastó muy poco para decidirme a dar una vuelta por el rumbo. Es así, como terminé sentado en mi viejo parque, a solo unos metros de donde me cayera aquel rayo con el que se dio la partida a los 10 o 12 días más extraños de mi vida.

Sí es que se te ocurriera preguntarme eso que estás pensando, te contesto de una vez: no, no tenía ninguna intención de buscar o encontrarme con Analú. Pues, como ya lo adelantaba, mi despertar hacia el pasado, mi enfrentamiento con los monstruos del ayer, no pasaban por

verla para decirle nada. Eso estaba fuera de discusión.

Claro, habría que preguntarle primero a la vida, a sus veleidades y extravagancias, que cuando menos de lo que uno se espera, suele aventarnos en la cara que, por mucho que queramos ser aquello de "arquitectos de nuestro propio destino", siempre hay algún elemento extraño que dcide que no es a la derecha, sino a la izquierda.

(Continuará…)